

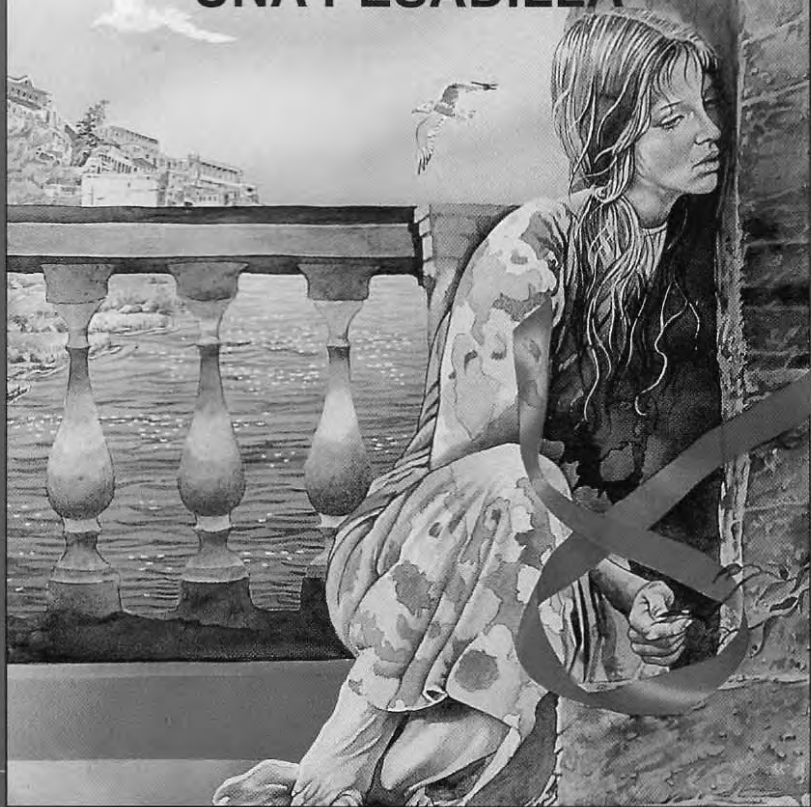
Editorial Andrés Bello



Eduardo Bastías Guzmán

DONDE VUELAN LOS CÓNDORES

UNA PESADILLA



Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Primera edición, 1996
Segunda edición, 1997
Tercera edición, 1997
Cuarta edición, 1998

© EDUARDO BASTÍAS GUZMÁN

© EDITORIAL ANDRÉS BELLO
Av. Ricardo Lyon 946, Santiago de Chile

Derechos exclusivos

Registro de Propiedad Intelectual
Inscripción N° 96.831, año 1996

Se terminó de imprimir esta cuarta edición
de 5.000 ejemplares en el mes de marzo de 1998

Ilustración Portada:
Carlos Rojas Maffioletti

Ilustraciones en color: Sonia Carrara

IMPRESORES: Salesianos S. A.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ISBN: 956-13-1424-X

EDUARDO BASTÍAS GUZMÁN

DONDE VUELAN LOS CÓNDORES

Una pesadilla

EDITORIAL ANDRÉS BELLO

Barcelona • Buenos Aires • México D.F. • Santiago de Chile

EDUARDO BASTIEN OJEDA
DONDE VUELAN
LOS CÓNDORES
Una pesadilla

*A mi esposa Juliana
y a todas las personas anónimas
que cotidianamente
aportan cariño y comprensión,
sin esperar retribuciones.*

EDITORIAL ANDRÉS BARRIO

Barrío - Buenos Aires - México - Lima - Santiago de Chile

UNA PUESTA DE SOL DESLUMBRANTE PARA UN DÍA MUY ESPECIAL

Hay pocos lugares más apropiados que lo alto de las escalinatas de la Universidad Santa María para apreciar una puesta de sol impresionante.

Para Gioconda, la emoción de sentir hecha realidad su llegada a la Universidad se sumó al impacto de la pintura que se coloreaba frente a sus ojos, con los reflejos del sol tras el mar en una bóveda de colores alucinantes.

Parecía un sueño que su vida universitaria fuera a realizarse en Valparaíso, tan cerca de Santiago, al lado de Viña del Mar y sobre un cerro donde la Universidad Técnica Federico Santa María parece un castillo del Medioevo, transportado desde alguna ciudadela de vieja tradición europea.

Las emociones de esta tarde, bajando pausadamente los peldaños de piedra, mientras el sol pincelaba sus caprichosos destellos con matices de fuego, en el blanco y azul de nubes y cielo, volvería a revivirlas con emoción meses más tarde, en la cama de un hospital al recordar aquel día, el primero en su carrera de Ingeniería Informática, tan sólo una semana después de descender del bus que la trajera desde Iquique.

Con sólo una maleta y un bolso de manos había llegado a casa de unos amigos muy queridos de sus padres, que la acogieron, hasta que ellos mismos le pudieron conseguir que la aceptaran en una pensión univer-

sitaria del Cerro Alegre. A Gioconda le bastó un dormitorio individual en esa vieja casa, que un inglés contratado por una empresa marítima había construido en el siglo pasado y que aún conserva, con esfuerzo, la línea señorial de una época esplendorosa.

Gioconda no alcanzó a sentirse sola por mucho tiempo gracias al afecto que encontró en doña Luisa, dueña de la pensión, quien había decidido dedicar sus días a la atención de universitarios, más que por una renta, como una forma de compartir su vida en esa enorme casona, acompañándose de estos jóvenes, en quienes veía a sus propios hijos, ya fuera del hogar.

—Tienes suerte, hija, que la señora Luisa haya tenido un cupo para ti. Pasó dos años sola con su hija Victoria, la única soltera, desde que sus otros cinco hijos se casaron e hicieron sus propias casas. Ahora se da el lujo de elegir a sus pensionistas —le dijo la tía Antonia, al confirmarle que la recibirían.

En su primer día universitario, Gioconda bajó, junto a los hermanos Cárdenas, una muchacha de apariencia quinceañera y el único varón de la pensión, por el Paseo Yugoslavo y el Pasaje Apolo hasta el plan de Valparaíso. Con ellos tomó el bus que la llevó hasta su castillo, como decidió llamar al edificio de su universidad.

Su primera clase fue a las ocho de la mañana y la segunda terminó a las doce, de modo que tuvo tiempo para conocer los jardines y la piscina, recorrer las callejuelas pavimentadas que se entremeten entre árboles y muros, conocer la biblioteca y el solemne salón de actos o aula magna, antes de reiniciar sus actividades programadas para las dos de la tarde. Fue en esta clase cuando un grupo de unos doce jóvenes llegaron a apostarse fuera de las ventanas, sin pronunciar palabra, pero manifestando notoriamente su presencia.

El profesor los vio, suspendió su charla, ordenó sus apuntes y caminó hacia la puerta, despidiéndose impersonalmente antes de llegar a la salida, la que de inmediato fue bloqueada por tres macizos muchachos, quienes sólo permitieron la entrada de los demás intrusos.

—Nos van a mechonear —confidenció Margarita, la joven que se encontraba sentada al lado de Gioconda.

El mechoneo no le era desconocido. Sus compañeras de la pensión le habían informado y advertido cómo era la recepción de los mechones o nuevos alumnos: con bromas, burlas y hasta crueles vejámenes.

—En la Santa María son harto considerados. Vieras tú en la Católica, ahí no se salva nadie. El año pasado a los hombres los mojaron con orina y a las mujeres las pasearon por la calle con el pelo pintado. Mejor no te cuento más.

Las advertencias sirvieron para que Gioconda decidiese ir todos los días a su castillo con jeans y la polera que le quedaba grande y ya no le gustaba, hasta después que la mechonearan.

La remota posibilidad de que este año no hubiese mechoneo ya no era posible. El grupo que venía con este propósito, inferior en número a sus víctimas, ya estaba operando con risotadas y órdenes a grandes voces.

La falta de toda defensa, por ausencia de reacción, fue la respuesta unánime con que los mechones se dejaron rapar sus cabezas con tijeras y máquinas de rasurar. Los pocos que intentaron una débil resistencia fueron sometidos fácilmente y terminaron además con obscenos trazos de pinturas en sus caras.

Las cinco muchachas, de los dieciocho alumnos del curso, fueron llevadas hasta un rincón, con una persuasión deferente, pero firmemente decidida. Allí se les hizo pasar de a una para pintar sus rostros. Las risas histéricas se alternaban con las disculpas y galanterías de sus captores.

—¡Si yo fuera el plumón con que te estoy pintando!

—¡Acuérdate que yo te quise salvar de estos desalmados!

—Dame el número de tu teléfono y consigo que te suelten.

Cuando todos los rostros estuvieron pintados, llevaron al grupo hasta la piscina, donde ya había un gran número de jóvenes semisumergidos en el agua, sin poder acercarse a las orillas, donde sus guardianes se imponían, con risas y gritos de burla.

La mayor algarabía era causada por las muchachas que intentaban escapar dejando visibles sus senos pegados a las blusas empapadas.

Entre una nueva y ruidosa gritería, carreras, empujones y fugas frustradas, Gioconda y sus compañeras cayeron a la piscina, donde debieron permanecer hasta que el sol comenzó a descender.

Gioconda estaba anímicamente preparada para no ser abatida por la rabia y la impotencia, de modo que más bien decidió divertirse y gran parte del tiempo transcurrido lo ocupó en reír, jugar en el agua y nadar de un lado a otro, confiada en que su vieja y amplia polera dejaba poco que ver.

Su inquietud comenzó al salir liberada de la piscina cuando, con sus ropas estilando chorros de agua, se dirigió a la sala de clases a buscar su bolso de manos donde tenía sus documentos y dinero para poder regresar a casa.

El bolso se encontraba intacto. Salió de la sala y se dirigió hacia las escalinatas de piedra. En el trayecto se cruzó con un estudiante de cursos superiores, quien se acercó casualmente a ella hasta poder decirle:

—Si te quieres cambiar de ropa, anda al gimnasio

—Gioconda lo miró con incrédula ansiedad.

—¿Dónde queda?

—Ven. Yo te acompaño.

Se encaminaron juntos y tras un trecho el joven le preguntó:

—¿De dónde eres?

—De Iquique.

—¿Sabes?... nadas como un pez.

—Me gusta nadar.

El diálogo continuó como si se hubiesen conocido en una fiesta. Llegaron al gimnasio y Héctor le confidenció cómo conseguir un buzo. La joven salió vestida de azul con las letras U.S.M. en la espalda y un rollo de ropa mojada en las manos; el muchacho se limitó a despedirse y ella, a darle las gracias.

Gioconda llegó hasta las escalinatas que enfrentan el mar en el momento en que el sol creaba su alarde de colores.

YOKO ONO NO ES UNA JAPONESITA LEJANA

A Yoko la vi por primera vez cuando flotaba vestida en la piscina de la Universidad.

Yo no soy partidario del mechoneo y de hecho no participé con mis compañeros, como muchos más que no compartimos esa forma de recibir a los nuevos alumnos. Pienso que la mayoría de estas burlas atentan contra la dignidad de las personas y sobrepasan la intención de las bromas, que nunca deben degradar. Pero no quiero extenderme en este punto, porque tendría mucho que decir y no guarda mayor relación con este relato.

Ese día, al pasar cerca de la piscina, tuve la natural curiosidad de acercarme para ver a los mechones. Esta vez la mayoría lo estaba tomando con humor y eran más las risas que los lamentos o las malas caras.

Como en la Santa María hay un franco predominio masculino, siempre nos llaman la atención las nuevas compañeras; entre ellas había una que destacaba notoriamente, una muchacha aparentemente alta, de largo pelo negro, que reía y parecía disfrutar de la situación.

Yo estaba por irme y sólo me faltaba revisar el listado de libros del semestre. De pronto me encontré dirigiéndome hacia la biblioteca, sin clara conciencia de este propósito y deseando, quizás involuntariamente, dejar pasar el tiempo y volver a la piscina. Cuando regresé, algunos de los mechones ya daban muestras de agotamiento,

por lo que supuse que pronto los liberarían. Así fue y sin proponérmelo, al menos conscientemente, me encontré con la mechona que había estado observando. Caminaba lentamente con sus ropas estilando.

A la distancia, su figura me recordó a la Yoko Ono, la viuda de John Lennon. Debe haber sido por su figura estilizada y el largo pelo negro que caía delante de sus hombros. Fue fácil imaginar que en esos momentos se preguntaba cómo volver a casa, así es que me acerqué y le dije que fuera al gimnasio, donde yo le podría conseguir un buzo.

Al verla de cerca, no tenía ningún parecido con la Yoko. Sus vistosos ojos eran cafés, inquietos y alegres, en nada melancólicos como los de la japonesa; los suyos parecían reír constantemente.

Si definimos como atractiva a quien despierta admiración con su sola presencia, puedo afirmar que me sentí atraído desde que la vi por primera vez. Y cuando pude apreciarla mejor, admiré también su figura atlética, de hombros erguidos, los armoniosos contornos de su cuerpo y sobre todo la alegría y la fuerza vital que la distinguían de las demás.

En esta parte de mi relato ya no sé hasta dónde mi descripción es objetiva. Siento la tendencia a seguir señalando las cualidades de la Yoko, como si lo relatado fuese insuficiente para que cualquier lector se forme una imagen correcta de su persona. Al mismo tiempo quisiera tener los recursos de un buen escritor para enriquecer con palabras sus atributos, pero haciendo un honesto esfuerzo por ser breve y objetivo, diría que en Gioconda destacaban, además de lo señalado, su fascinante sonrisa, que formaba un hoyuelo en su mejilla izquierda, su juvenil vitalidad y unos ojos primaverales, que daban vida a un cuerpo armónicamente perfecto.

Para mí había sido un privilegio poder acercarme a la Yoko, como todos la llamamos desde entonces, y creí tener posibilidades de seguir encontrándonos. No quise, sin embargo, crearme una ilusión y decidí que si estaba escrito nos encontraríamos y si no, no habría pasado nada.

Por suerte no tardó mucho un nuevo encuentro. Fue en el casino, donde llegamos casi simultáneamente y fue ella quien se acercó para decirme:

—Hola, qué bueno que te encuentro, no sabía dónde buscarte para agradecerte lo del buzo.

Cada una de sus palabras con su cautivadora sonrisa y una gracia fascinante, a tal punto que no recuerdo haberme sentido tan torpe frente a una muchacha, de modo que sólo atiné a decirle:

—No es nada.

Por fortuna no reaccionó con una despedida y aguardó prudentemente.

—¿Vas a almorzar? —pregunté.

—Sí. ¿Tú también?

—Sí. ¿Vamos?

Es increíble cómo una joven puede alterarnos hasta el punto de hacernos perder nuestra espontaneidad, pero afortunadamente, pasado el primer momento, volví a sentirme seguro de mí mismo y seguimos conversando hasta que nuestro almuerzo hubo terminado y cada uno debió volver a sus tareas.

No es necesario describir cómo me sentía, porque no hay quien no haya vivido la belleza de un momento con alguien adorable. Sentirse ligero, casi volátil, sonreír sin motivo aparente, apreciar sólo lo bello, es semejante a sentirse felizmente enamorado, aunque con sólo dos breves encuentros no era la emoción que correspondía. No importa cómo lo llamen otros, para mí fue lo mismo que si hubiese encontrado la princesa de mis cuentos infantiles.

LA PRINCESA EN SU CASTILLO

ENCANTADO

Cuando alguien no ha escrito ni siquiera su diario de vida, es muy extraño que de pronto comience a escribir sobre sí misma.

Como dije, ni siquiera cuando adolescente escribí sobre mí misma, quizás porque la comunicación con mi madre fue siempre insuperable. Me gusta escribir sin embargo, pero nunca sobre mi propia persona, porque no me agrada la idea de referirme a mis intimidades, que sólo a mí debieran interesar.

Ahora escribo porque siento la necesidad de expresar tantas emociones y porque pienso que para algunos puede tener el valor de una experiencia que no está tan ajena a cualquier joven. Es también una forma de dejar constancia de vivencias que más tarde pueden desfigurarse en el recuerdo.

Por ahora no pasa de ser una forma de comunicarme conmigo misma, lo que me permite reflexionar sobre este torrente de sensaciones que me desborda. En este sentido ya he cumplido un objetivo, porque en estos momentos, con el papel y la pluma, me siento feliz con el solo hecho de dar expresión a lo que he vivido, comenzando desde esa etapa que parecía ser la plenitud de mi vida.

Desde luego nunca me sentí más realizada, después de haber terminado mi época escolar y con ella lo que fue mi infancia; sobre todo el percibir la capacidad de ser

yo misma, de poder decidir mis acciones y, con toda la responsabilidad que trae consigo, afrontar la vida sin poder recurrir a nadie más.

Fue más fácil de lo que imaginaba. Es cierto que tuve la suerte de llegar a una familia muy querida de mis padres, que me incorporó como una de sus hijas y de haber encontrado una pensión donde se preocupaban de mí casi como en mi casa.

También fui afortunada al haber escogido la Universidad Santa María, que fue como un sueño. En cuanto llegué la sentí como mi castillo encantado, donde sólo hay que crearse la ilusión para vivir como una princesa. Cada día, al subir las escalinatas de piedra, no dejaba de pensar en que la diferencia entre los reyes o princesas y cualquier chilena como yo, no es tan distante; ni siquiera en contar con un imponente castillo.

Yo sé qué quiero decir cuando lo escribo, pero cualquiera podría pensar que me he fascinado por vivir una fantasía. No, no confundo mis sueños con la realidad; no es sólo el encanto del edificio, sino el ambiente que se percibe desde el primer día.

La universidad es un mundo diferente, con sus propias normas, donde las cualidades de las personas predominan por sobre todas las cosas y, a diferencia del colegio, existen muchísimas posibilidades de expresar las inquietudes de cada cual. En cuanto a mi carrera, creo no haberme equivocado, aunque las primeras clases me desorientaron un poco.

Por otra parte, mucho influyeron mis nuevos compañeros. Es sorprendente encontrar tal variedad de personalidades y procedencias, donde no se puede menospreciar a nadie, porque pese a las diferentes costumbres y principios, hay muchas semejanzas en aptitudes y condiciones.

El atractivo de incorporarse a este mundo fascinante me permitió superar las añoranzas de los años escolares, los amigos distantes y el cariño de la familia, con la motivación de iniciar una nueva vida, sorprendente, más amplia y desafiante, donde si deseas destacarte, tienes que proponértelo y esforzarte para conseguirlo.

Hubo un compañero, de cursos superiores, que desde el primer día se fijó en mí; un alumno de Ingeniería Civil Electrónica, que es de Santiago. No podría decir que fuese estupendo, pero sí bien parecido, de pelo descuidadamente rizado y muy varonil.

Parecía no ser de muchos amigos, porque la mayoría de las veces lo vi solo y callado. El día del mechoneo fue quien me ayudó a conseguir ropa para cambiarme y desde entonces nos encontramos varias veces en el casino. Generalmente fui yo quien se acercó; creo que es algo natural que donde sólo hay extraños se tienda a buscar a quien de alguna forma se conoce.

No quise hacerme mayores ilusiones. Por lo demás, si bien es cierto que me atraía, tampoco me volvía loca. En todo caso, para quien estaba lejos de su casa, era bueno tener a alguien con quien conversar y, a lo mejor, hacer algún programa juntos.

El recuerdo de Ricardo era algo extraño. Lo eché mucho de menos los primeros días, me hizo mucha falta, pero en algunos momentos me parecía sólo un recuerdo ocasional. Lo llamé por teléfono en cuanto llegué, tal como habíamos acordado, pero no volví a llamarlo hasta varios días después. Le escribí varias veces y parece que de mis cartas algo dedujo, pues comenzó a reprocharme cosas pasadas, sin que tuviese motivo para hacerlo.

Me sentía aún enamorada y comprometida con nuestras promesas. Pero había dos situaciones que me perturbaban: el encuentro con otros jóvenes y, cuando menos

lo esperaba, la imagen desconcertante de Tony, el muchacho que conociera en mis últimas vacaciones. No era una evocación afectiva y ni siquiera agradable, sino el recuerdo del único hombre en mi vida con quien, siendo sólo una aventura de verano, había tenido relaciones sexuales.

Recién ahora he venido a comprender la razón de que su recuerdo no fuera algo grato, sino tan sólo imágenes extrañas que aparecían ligadas a mí, como si debiesen haber sido ajenas.

UNA SEMANA MUY AGITADA, UNA CIUDAD MITOLÓGICA Y EL COMIENZO DE UN AMOR

La vida universitaria fue pronto para Gioconda un remolino envolvente de actividades. Las clases de Cálculo, Álgebra y Programación se fueron alternando con la natación, el vóleibol, la música y los espectáculos que sobreviven en Viña del Mar y Valparaíso una vez terminado el verano.

—Allá es muy distinto. Es cierto que nunca me aburrí, porque no faltan las entretenencias cuando las buscas, pero aquí es diferente. Hay tantas posibilidades que no sabes cómo tomarlas todas. ¿Y cómo es Santiago? ¡Me muero por conocerlo!

Héctor la escuchó e hizo una pausa antes de responder.

—Santiago es desconcertante. Se puede adueñar de ti hasta el punto que no puedas prescindir de sus luces, de su exuberancia y de su lujuria. Pero cuando te das cuenta de que sus encantos son prestados, que no le pertenecen porque han sido creados para que no te desprendas, entonces tomas conciencia de que eres su prisionera, como una esposa obligada a seguir conviviendo con su marido, sólo porque lo necesita, ¿comprendes?

La joven lo miró con curiosidad.

—Creo que sí. Pero si es cautivante me gustaría conocerlo.

El muchacho pensó que sería una buena excusa invi-

tarla el siguiente fin de semana a conocer Santiago, pero no se atrevió por temor a que le dijese que no.

Una ocasión distinta estaba cerca, cuando a fines de marzo comenzó la Semana Mechona; muy diferente a la recepción de los nuevos alumnos; fueron siete días de diversiones compartiendo por igual en deportes, concursos y bailes. El curso de Gioconda formó parte de la alianza azul con otras carreras y Héctor, con sus compañeros de Electrónica, de la alianza roja. Cada una de las tres alianzas tenía por propósito acumular puntos para lograr la coronación de su reina.

Gioconda fue elegida para participar en el "hecho insólito" que podría dar 5.000 puntos a la alianza ganadora. Idearon una simulación en que un grupo de supuestos ecologistas llegaría en bicicletas o a caballo hasta frente al Congreso en Valparaíso, interrumpiendo el tránsito hasta que se les permitiese entregar un comunicado al presidente del Senado. Gioconda sería la portadora del mensaje, que proclamaría a la candidata a reina de la alianza. Si se lograba ese objetivo, tendrían claras posibilidades de ganar puntos triunfadores.

El día elegido se juntaron más de treinta alumnos en bicicletas y unos seis a caballo en la calle Pedro Montt frente al Congreso Nacional. Se creó un descomunal tumulto al quedar interrumpido el tránsito de todo vehículo, a los gritos de "¡Queremos aire puro!" y el agitar de pancartas alusivas a la descontaminación del medio ambiente. No demoraron en actuar las fuerzas policiales, que intentaron en primera instancia disuadirlos para que se dispersaran.

Entonces los dirigentes del grupo acercaron a Gioconda hasta el oficial que comandaba a los carabineros. El teniente, que demostraba notoria preocupación, les ordenó en forma enérgica que disolvieran la manifestación.

Allí se inició el rol de Gioconda, quien, inmutable a las órdenes, le respondió con encantadora dulzura:

—Mi teniente, si lo único que queremos es entregar una nota al presidente del Senado y nos retiraremos de inmediato.

—Entienda, señorita, que no podemos permitir disturbios en la vía pública y menos frente a un poder del Estado.

Gioconda percibió que la actitud del oficial ya no era drástica, sino de diálogo.

—Nosotros no queremos causar problemas, y menos a ustedes. ¿Por qué no manda a alguien a avisarle al señor Valdés que queremos entregarle esta carta?

La tranquilidad de la joven y su simpatía lograron que el tenso diálogo se transformara en un intento de transacción.

Mientras tanto, varios vehículos policiales se habían acercado, destacándose una patrulla de fuerzas especiales que acordonó al grupo, alejando a los curiosos. Las bocinas de los automóviles, microbuses y otros vehículos que permanecían detenidos fueron creando un bullicio cada vez más inquietante.

—Señorita, les ruego que abran espacio para los vehículos y se ubiquen a los costados de la calle. Yo les prometo que personalmente haré llegar su carta al senador Valdés.

—Acompáñenos usted para que se la entreguemos nosotros mismos y nos retiramos de inmediato.

—Lo lamento, pero van a obligarnos a emplear la fuerza. Ahora abran paso colocándose a los costados o tendremos que proceder.

Parecía que la situación estaba perdida; los carros lanza agua ya estaban colocados estratégicamente y las fuerzas especiales presionaban prudentemente para sepa-

rar en dos grupos a los manifestantes; el bullicio llenaba el espacio con los ruidos que sumaban bocinas, las voces de apoyo del público y los incansables gritos de "¡Queremos aire puro!"

En esos momentos, una comitiva que venía del interior del Parlamento se acercaba a sus puertas con actitud expectante.

Entre ellos venía el presidente del Senado, quien acompañaba en su despedida a un representante diplomático. La guardia de seguridad caminaba por delante de la comitiva, dando tiempo a que la policía dispersase a los manifestantes.

El diplomático preguntó sobre la naturaleza de la manifestación, pensando que tendría relación con su visita. El senador le respondió con tono tranquilizante:

—Se trata de un grupo de ecologistas que reclama aire puro.

—Nuestro país está muy preocupado por la limpieza del medio ambiente —acotó el embajador, mirando con interés hacia el exterior.

En esos momentos un impulso llevó al senador a continuar la salida y acercarse a los manifestantes. Ordenó al jefe de seguridad que aproximara a los representantes del grupo. No demoró en llegar Gioconda con otros dos muchachos, rodeados de carabineros, hasta las gradas del Parlamento.

—Buenos días, jóvenes. ¿Qué es lo que desean?

—Buenos días, senador; queremos hacerle llegar un manifiesto donde, en nombre de los estudiantes de la Universidad Santa María, dejamos constancia de nuestro anhelo de un mundo no contaminado...

—¿Y por qué tanto bullicio?

—Sí —agregó sonriendo el diplomático—, están contribuyendo a la contaminación acústica. En todo caso, los

felicito. Dios quiera que toda la juventud se preocupe de este tipo de problemas que son del bien común.

—Además queremos dejar constancia que la candidata de nuestra alianza azul es la favorita para la elección de reina.

—Y... ¿tú eres la candidata?

—No, ella es muy bonita.

—Si es tan bonita como tú, seguro que va a ganar. Bueno, muchachos, tendremos presente su intención, que por lo demás es una preocupación del Gobierno. Ahora retírense en orden y... ojalá ganen.

La comitiva se dirigió hacia los automóviles que los esperaban y de los jóvenes brotaron gritos de triunfo para la alianza azul y para sus deseos de aire puro, iniciando un desfile hasta la Plaza Victoria, seguidos por un grupo de carabineros, que los acompañó discretamente hasta que se dispersaron.

Lejos estaba la joven de imaginar que algún día, no tan lejano, tendría una entrevista privada con el presidente del Senado y que el congresal recordaría con simpatía este incidente.

Menos pudo sospechar que esa acogida serviría para una causa que entonces estaba muy distante de sus preocupaciones.

Cuando Héctor la invitó al baile de la fiesta final, pensó, sinceramente, que ella estaría ya comprometida, de modo que al escuchar su respuesta afirmativa hizo un esfuerzo para no demostrar su sorpresa.

El patio de la Universidad estaba decorado con figuras, letreros y muchas luces de colores que destellaban sincronizadamente con la música que llenaba el espacio. Bastaba ingresar al recinto para sentirse incorporado a un ritmo contagiante y alegre que inducía al baile y la diversión. El embrujo del ambiente, donde una gran pantalla

proyectaba el video de la música programada, fue un medio que contribuyó, junto a los ritmos lentamente melódicos de la madrugada, a que ambos se retirasen tomados de la mano y suspendidos en el etéreo universo de la felicidad juvenil.

Después de la fiesta mechona se inició entre Gioconda y Héctor una relación sin formalidades ni compromisos, juntándose para compartir todas las actividades posibles.

Para acompañarla hasta su pensión, recorrían por los cerros cada vez una ruta diferente, descubriendo nuevos pasajes y escaleras y ampliando el radio de su trayecto para convertir cada subida en una jornada de camino más larga, que prolongara el encuentro. Antes de llegar a casa se detenían en el Paseo Yugoslavo, frente al hermoso Palacio Baburizza, convertido en Museo de Bellas Artes, que desde un palco privilegiado observa la bahía de Valparaíso. Un día entraron a conocer el museo y se detuvieron en la primera sala, que reúne los cuadros de Somerscales.

—Mira, Yoko, si te lo propones, te sentirás transportada en el tiempo. Déjate llevar por la magia de estas pinturas e imagínate que si te asomas por las ventanas verás la bahía llena de veleros y bergantines. Si prestas atención verás que el viejo muelle vuelve a tener vida con damas, comerciantes, marineros de siete mares y burros acarreando odres con agua. Es el embrujo de Valparaíso que se conserva en este museo y que no se encuentra en otras partes.

Los deseos de conocer Santiago quedaron silenciosamente encubiertos por el encanto del puerto, de sus cerros increíbles, de sus paseos incontables y de sus rincones que se esconden coquetamente para volver a asomarse hacia el mar.

—A esto me refería cuando te dije que Santiago no es auténtico. La personalidad de Valparaíso, en cambio, no fue creada ni modelada intencionalmente. Por el contrario, fue brotando en forma espontánea. Cada casa, cada escalera, cada rincón surgió necesariamente, como se generan las plantas y los arbustos en una tierra virgen y fértil.

—Entiendo, es como Iquique. También tiene su propia personalidad; conserva el estilo y la tradición que le dieron sus fundadores en su época de oro. Pero de todos modos quiero conocer Santiago... para ver si es cierto lo que dices.

La muchacha rió y se alejó como si huyese corriendo para eludir la respuesta. Héctor la siguió hasta alcanzarla.

—Conque dudas de mis palabras, ¿eh? Ahora verás si me crees.

La tomó tiernamente en sus brazos y la besó con un cariño que cubrió la terraza del paseo y se desbordó hasta llegar al mar.

DIEZ DÍAS QUE QUISIERA BORRAR

Todo sucedió en forma inesperada. Recién cumplía algo más de un mes en la Universidad y ya me encontraba comprometida con dos muchachos, lo que nunca habría imaginado. Ricardo no merecía que en tan corto tiempo lo estuviese engañando y menos con alguien a quien recién conocía. Estaba sinceramente incómoda.

Es muy bueno, sí, tener en esta etapa un amigo con quien compartir, conversar y sentirse menos sola, aunque mis intenciones habían sido dedicarme por entero a la Universidad y mantenerme fiel a mis promesas.

Las cosas suceden como las circunstancias las hacen y no siempre como una se lo propone. No es que estuviese descontenta, aún más, estaba verdaderamente entusiasmada con Héctor, pero temía que alterase el futuro de mis proyectos, tanto en mis estudios como en mis planes con Ricardo.

En todo caso a Héctor lo encontraba bastante atractivo y, sobre todo, muy tierno e inteligente. Sin embargo, eso mismo era lo que más temía; que algún día llegase a ser algo perturbador.

En general fue una linda etapa de mi vida. De mi casa recibía cartas todas las semanas y los domingos en la noche me llamaban por teléfono. A pesar de mi amistad con Héctor, seguía esperando con ansiedad las cartas de Ricardo y me molestaba cuando pasaban más días de los imaginados en recibirlas.

Con mis nuevos compañeros nos llevábamos muy bien y en los estudios no podía quejarme; no era de los mejores del curso, pero si seguía así podría terminar bien mi primer año. Tuve tiempo incluso para entrar al equipo de vóleibol y de practicar natación en mis horas libres.

En ese tiempo, lleno de satisfacciones y estímulos, tenía sólo una gran preocupación: había pasado un período completo y no había menstruado. Cada vez que pensaba en ello, de inmediato me distraía intencionadamente concentrándome en otra cosa, porque la sola idea de que ese atraso correspondiese a un embarazo, me aterraba de tal modo que no toleraba el hecho de imaginarlo.

El último período había sido los primeros días de febrero. Pasó marzo entero y al comenzar abril no había indicios aún de que me fuese a venir.

Después de mis primeros períodos, hasta entonces mis menstruaciones habían sido muy regulares. Confiaba en que las emociones de esos meses fueran una causa psicológica o que el cambio de clima, de comidas, en fin, de forma de vida, estuviese influyendo de algún modo.

Me parecía poco probable que fuese un embarazo, porque lo de Tony había sido en un período de escaso riesgo. Sin embargo, en algunos momentos esa idea llegó a aterrorizarme. Siempre imaginé que un embarazo imprevisto para mí no sería tan grave, después de todo. Pero nunca supuse que pudiese derivar de una relación fortuita con un desconocido.

Es muy distinto quedar embarazada inesperadamente de quien se ama, que tener un hijo con quien ni siquiera se llegó a conocer más allá de su nombre y su apariencia.

Cuando conocí a Tony y a su amigo de la camioneta roja, no imaginé que algo pudiese ocurrir, aunque de inmediato me impresionó por su atractivo, su largo pelo rubio y sus ojos azules.

En esos momentos no pensé en si teníamos algo en común ni me preocupó saber más de él. Incluso no me importó encontrarlo bastante superficial y muy preocupado de su físico. Parecía que sus mayores ambiciones eran tostarse al sol no más de lo preciso y correr audazmente en la camioneta, algo que en esos momentos a mí tampoco me disgustaba.

Es increíble lo poco que supe de él; sólo que regresaba desde el sur de Chile, después de haber recorrido Argentina, Paraguay y Brasil en más de tres meses de viaje. Ni siquiera me pregunté de dónde sacaba tanto dinero ni me importaba saberlo.

Si estaba embarazada, ¿cómo sería posible que mi bebé no supiese algo más de su padre?, ¿cómo podría decirle que ni siquiera llegó a conocerlo; que sólo fueron diez días que pasamos juntos?

CUANDO LO QUE ES BELLO PUEDE SER INDESEADO

La incertidumbre comenzó a afectar a Gioconda en su carácter, su rendimiento y su relación con Héctor.

—¿Qué te pasa, Yoko? Ya sé que no quieres descuidar tus estudios y que echas de menos a tu familia, pero algo más te pasa y no me digas que no has cambiado. No te faltan excusas para no vernos y cuando nos encontramos estás en otro mundo, te molestas por todo y para colmo pareciera que yo tengo la culpa. Es hora que conversemos o... ¿no quieres seguir adelante?

—No, Tito. No entiendes. Son mis problemas y no tienen por qué afectarnos como pareja. Comprende que no es fácil para mí estar lejos de casa, pero no tengo nada contigo. Al contrario créeme que te necesito... más que nunca. Yo sé que no estoy bien, pero se me pasará. Por favor, confía en mí.

Pero Gioconda no pudo seguir tolerando sola sus dudas.

—Señora Luisa, necesito hablar con usted. —La tía tenía los suficientes años para reconocer una congoja.

—¿Qué te pasa, hija? Vamos, cuéntame.

La muchacha comenzó a llorar sin poder expresarse. Tía Luisa la dejó llorar, hasta que se hubo calmado.

—No me ha llegado el período.

El llanto nuevamente sobrepasó a las palabras. Tía Luisa intentó superar el momento con frases de cariño,

revelando sólo en su frente y en los ojos la aflicción compartida.

—Vamos, hija. No te preocupes antes de tiempo. Primero que nada tenemos que estar seguras de lo que te pasa. ¿Sabes?, hay un médico joven que vivió con nosotras; yo le tengo mucha confianza porque es buenísimo. Fue mi primer pensionista y ahora es todo un doctor. Déjame contarle a él y nos dirá qué haremos. Ahora, ándate a dormir y mañana será otro día.

Gioconda se sintió más tranquila.

Una semana después Gioconda se levantó aparentando la naturalidad de un día como otro. Tal como habían convenido, se encontró con tía Luisa en su dormitorio y le entregó la muestra de orina que acababa de recoger. Con la solemnidad de una ceremonia, la tía juntó el reactivo con la orina. Con la vista fija en el tubo de vidrio dijo:

—Debe permanecer clarito como el agua. Si cambia a un color azul, es que hay embarazo.

Una muda estupefacción siguió al viraje del líquido a un color azul intenso. Luego ambas comenzaron a llorar.

Paradójicamente, de allí en adelante Gioconda se vio más tranquila y de no haber sido por los párpados ojeros con que se levantaba en las mañanas, para los demás no aparentaba otros indicios de angustia.

Héctor, sin embargo, sospechó que algo importante le ocurría.

Parecía distante y ya no tenía esa disposición con que acostumbraba dar alegre impulso a todas sus actividades.

Prefirió no volver a conversar sobre este tema porque ella notoriamente lo rehuía y decidió dejar pasar el tiempo.

La situación, sin embargo, no cambió y el muchacho

tomó la iniciativa, comenzando por abordar el futuro de la pareja.

—Quiero que en dos semanas más vayamos a Santiago, para que mis padres te conozcan.

—No sé si será posible; tú sabes que estamos en pleno semestre y cada semana tengo que preparar algún trabajo.

—Bueno, no es para tanto. Si te organizas bien puedes dejar todo listo entre viernes y sábado; así viajamos el domingo tranquilos.

—Sí, pero habría que verlo.

—Es curioso, Yoko, antes eras tú la que andaba proponiendo los programas y me insistías en que te llevara a Santiago.

—Es cierto, pero eso fue a comienzos de año, cuando todavía no estaba llena de tareas. Ahora prefiero compartir mis ratos libres tranquila contigo; es tan poco de lo que disponemos.

Miró a Héctor con una sonrisa y se acurrucó en su regazo.

Estas actitudes desconcertaban al muchacho, quien percibía algo extraño y no era capaz de descubrirlo. Fue sólo cuando insistió en su deseo de presentarla a su familia, que Gioconda le dio a entender que prefería vivir el presente, sin comprometer nada para el futuro. Entonces decidió llevar la conversación hasta aclarar todas las dudas.

—¿Es que nuestro futuro acaso no está tanto o más ligado que el presente?

—Nadie lo sabe, Tito. Podemos decidir lo que haremos hoy, pero lo que hagamos mañana no depende sólo de nosotros y de nuestras voluntades.

—No, Yoko. No se puede vivir en el aire, sin planes para el futuro ni metas que cumplir. Es cierto que nos

conocemos desde hace muy poco, pero desde esta realidad tenemos que mirar hacia adelante y saber si lo haremos juntos o no.

Hubo una pausa en que ambos permanecieron en actitud seria, sin que el muchacho dejase de acariciar el pelo de Gioconda, hasta que ella con voz pausada y entera respondió:

—Si tú quieres que tomemos una decisión ahora, tendría que decirte que lo nuestro no podrá ser para siempre.

—¿Por qué?

—Bueno, porque aún no nos conocemos lo suficiente para hacer otros planes.

—Sospecho que hay algo más. ¿Estás segura de tu cariño?, ¿hay alguien más?

—No, Tito, te aseguro que no hay nada de eso.

Los ojos de Gioconda traicionaron su emoción y Héctor captó unas lágrimas que se ocultaron en un rápido pestañeo.

—Insisto en que hay algo que no me has dicho. Por favor, Yoko, tú también debes confiar en mí. ¿Qué es lo que te pasa?

—Está bien, Tito... algún día ibas a saberlo —hizo una pausa eterna— ..., estoy embarazada.

La joven no contuvo el llanto, mientras Héctor la observaba desconcertado.

—Eran mis últimas vacaciones antes de entrar a la Universidad. Mi padre no quería que fuese, pero convencí a mamá que yendo con Maritza, podían estar tranquilos. Maritza es mi mejor amiga y la hermana del que era mi pololo. Con él solamente no me habrían permitido viajar, pero con su hermana era diferente. Mis padres le tienen mucho cariño y saben que es muy responsable.

“Cada una con su mochila viajamos en bus hasta





Santiago y luego en tren hasta Concepción. Desde allí nos fuimos a dedo en lo que encontrábamos. A la salida de Villarrica nos encaminábamos hacia Lican Ray cuando nos paró una camioneta roja, con dos jóvenes que se ofrecieron a llevarnos. Uno algo mayor, quizás de unos treinta años, rubio, de pelo largo y bien parecido, el otro mucho menor, de nuestra edad. No tenían problemas de dinero y nos invitaron a comer. Luego, como no llevaban rumbo fijo, seguimos juntos recorriendo los lagos. Antonio, el mayor de los dos, me buscó como pareja y las condiciones en que nos encontrábamos favorecieron que lo aceptara. Así estuvimos diez días hasta que nosotras debimos regresar. Maritza estaba molesta y algo incómoda, porque no estaba de acuerdo con lo que había ocurrido. Ahora no entiendo cómo pudo suceder; yo había tomado mis precauciones. Fue una tontería increíble de mi parte, de la que nunca dejaré de arrepentirme.

—¿Qué piensas hacer?

—No tengo alternativa. Es mi bebé. Siento que no vaya a tener padre, pero yo lo estoy gestando y asumiré la responsabilidad como corresponde. En cuanto a nosotros, ya no tenemos futuro... ¿entiendes?

—¿Qué puedo decirte? Créeme que admiro tu decisión, pero no puedo dejar de decirte que me siento muy mal. Estoy desconcertado y necesito algo de tiempo para entender lo que está pasando. Por otra parte, me imagino cómo estás tú y trataré de ayudarte en lo que pueda.

CUANDO AMANECE, YA ES OTRO DÍA

Era sólo la segunda vez en mi vida que me sentía enamorado y la mujer con quien me había ilusionado estaba embarazada. No me considero un puritano y vivo la realidad del siglo veinte. No creo en la virginidad ni en los prejuicios del pasado, pero uno no espera que la mujer que ama esté embarazada de otro, aunque haya ocurrido antes de conocerla.

Por otra parte, de la Yoko estaba enormemente enamorado y no podía dejarla abandonada en esas circunstancias, aunque de ningún modo estaba dispuesto a llevar adelante un compromiso basado en la compasión.

Debía tomar una decisión y la más adecuada parecía ser continuar siendo sólo muy buenos amigos. Por lo demás, me parecía que sería lo que ella también deseaba.

De algo estoy seguro y es que no la dejaría sola. Pero en lo demás aún no sabía lo que sería correcto. ¿Y si le propusiese continuar adelante? ¿Qué habría sucedido si desde el día que la conocí hubiese sabido que esperaba un hijo? No habría tenido que excusarse y quizás la hubiese aceptado así, dispuesto a superarlo. ¿Por qué no aceptarla ahora?, ¿dónde estaba la diferencia? Sólo sabía que tenía una enorme confusión.

En los días siguientes estas últimas ideas fueron adquiriendo fuerza en la medida en que lo pensaba. Me imaginé asumiendo la paternidad de ese hijo y cada vez

lo encontraba más natural y adecuado. No sería fácil, por supuesto, pero los problemas no serían sino míos y, después de todo, el orgullo es algo que puede subordinarse al amor.

Sí. Mi cariño por la Yoko la incluía con su estado y sus problemas. No estaba dispuesto a perder mi felicidad por algo que escapaba a la voluntad de ambos y menos antes de escucharla. Decidí que volveríamos a conversar y sólo entonces tomaría mi última decisión. En esos momentos recuperé mi tranquilidad y mi optimismo. Sólo quise que pasase luego esa noche.

Esa noche tardó en terminar, pero cuando llegó el alba, ya tenía mi decisión tomada.

LAS AVES DEBEN VOLAR SIN IMPORTAR EL VIENTO

No demoró Gioconda en volver a ser la misma de antes. Ninguno de sus compañeros pareció percibir los importantes cambios que la afectaron en tan corto tiempo. En la Universidad siguió siendo la popular Yoko, a quien, a pesar de su compromiso con Héctor, solían acosar con propuestas. Su gran preocupación era cómo contar a su familia lo que estaba ocurriendo. Su situación personal con Héctor ya estaba clara y no temía lo que sucediese en la Universidad, pero aún no sabía cómo enfrentar a sus padres ni cómo terminar con Ricardo.

Decidió aprovechar la ocasión cuando viajase a Iquique para las vacaciones de invierno y a Ricardo le envió una carta para no postergar el tiempo y evitar el encuentro.

Habiendo definido estas decisiones, se le vio tranquila, recuperada su alegría de vivir y con el entusiasmo con que solía acompañar todas sus tareas.

Héctor estaba asombrosamente feliz. Notaba que Gioconda era la misma de quien se había enamorado y la posibilidad de asumir la responsabilidad de padre para su hijo lo convencía cada vez más, hasta llenarse de satisfacción con el solo hecho de imaginarlo. La pareja parecía más unida que nunca.

El doctor Ramírez, que la había orientado en el diagnóstico del embarazo, era un joven que, como lo describiera tía Luisa, destacaba por su sencillez y la confianza

que infundía. Él mismo hizo los trámites para que Gioconda se controlase en el consultorio donde él trabajaba. Así llegó la joven a Nueva Aurora, en lo alto de la entrada a Viña del Mar, para su primera consulta con la matrona.

El consultorio periférico de Nueva Aurora está justo donde se deja ver el mar y donde la subida Agua Santa termina de desenrollar las sucesivas curvas, que parecen perpetuar la salida de los viajeros que abandonan la ciudad, manteniéndolos ligados por más tiempo a la costa que se une a Valparaíso. En ese lugar privilegiado hay una construcción modular de un piso que atiende las necesidades primarias de salud de ese amplio sector, controlando los programas preventivos del adulto, del niño sano y la madre embarazada.

Gioconda llegó puntualmente acompañada de Héctor, quien vivía en un departamento compartido con otros dos estudiantes, a escasa distancia del mismo consultorio.

La matrona la recibió con afecto, sin llamarle la atención que fuese madre soltera y sin requerir más información que la esperada. Se le hizo una ficha clínica, se le pidieron los exámenes de rutina y la invitaron a incorporarse al curso de parto sin temor.

A la salida, la pareja se alejó abrazada y sonriendo, satisfecha del trámite cumplido, sin inconvenientes y mejor de lo imaginado.

Los meses siguientes fueron los habituales para quienes la vida se presenta como un arco iris de perspectivas; los estudios bien encaminados, la participación en la vida universitaria, el embarazo sin complicaciones y el amor de ambos, que había logrado sublimar un hecho desafortunado en la consolidación de la pareja.

—¿Qué quieres que sea?

—Sinceramente me da lo mismo. Sólo quiero que sea sanita.

—¿Sanita? ¡Ah!... esperas que sea mujer.

—No. Quiero que mi criatura sea sana. Y criatura puede ser hombre o mujer, ¿no?

—Sí, pero cuando dices “sanita” te estás traicionando, porque en el fondo eso es lo que quieres... que sea mujer.

—Te digo que me da lo mismo. Parece que eres tú quien desea una Yokito.

—Te equivocas, Yoko hay una sola... al menos en Chile.

Comenzaron a reír y cambiaron de tema. Más difícil era conversar sobre dónde vivirían una vez que naciese el bebé.

—No veo por qué no podríamos vivir juntos. Aún más, no concibo otra posibilidad. Somos una pareja, ¿no?; se supone que yo soy el padre de nuestro hijo y como tal voy a reconocerlo. ¿Por qué habríamos de vivir separados?

—Porque no estamos casados, porque tú, aunque lo reconozcas, no tienes la obligación de aparentar que eres el padre y porque no quiero que te sientas comprometido hasta que el tiempo te demuestre que la decisión ha sido correcta. Si vivimos juntos sentirás...

—...que es lo correcto y basta.

—¿No te parece que es bastante machista decir “basta”? Tú que eres un hombre ecuánime, respetuoso de los demás y que nunca le impondrías algo a tu mujer, ya estás diciéndome “basta”. No. Tienes que escucharme y considerar lo que yo pienso, porque en esto somos dos y no tú el único que decide.

—Exacto, somos dos los que debemos decidir, pero tú ya tienes tu decisión tomada y no aceptas otra alternativa.

—Mira. No es que no acepte otra alternativa, es que no hay otra posibilidad. Piensa en mi familia, que ni siquiera sabe que estoy embarazada; imagínate cuando les

diga que me fui a vivir con mi pareja. Pensarán que me volví loca, que algo me hizo mal, no sé. No, no es posible.

—Bueno, imagíneme a mí, que soy tu pareja, que reconozco a tu hijo como mío y, en vez de formar una familia, vivimos separados. ¿Alguien podría entenderlo?

—Tito, yo te entiendo y por mí no estuviésemos en esta situación, pero por favor comprendeme, será algo transitorio, mientras dejamos pasar más tiempo y luego veremos lo que es mejor.

—Está bien, si no estás segura de ti misma y de nuestro futuro, veremos más adelante lo que hacemos.

—Yo estoy muy segura de mis sentimientos, pero pienso que de algún modo te puedes sentir obligado o comprometido.

—Yoko, a pesar de que no hace mucho que nos conocemos, ya debieras saber cómo soy yo. Si no nos hemos casado es porque tú no lo has querido. Por mí ya hubiese formalizado todo, como tú lo deseas para el futuro.

No se volvió a hablar de dudas ni resentimientos. Al contrario, programaron el porvenir con la naturalidad de los novios que proyectan sus planes, con la complacencia de la juventud que no quiere saber de problemas ni de inconvenientes.

UN CUMPLEAÑOS MEMORABLE Y EL COMIENZO DE FUTUROS ANIVERSARIOS

—¿Cómo va mi bebé?

—Excelente —respondió la matrona—, ¿has tomado tus tabletas de hierro?

—Sí; me he portado muy bien y he seguido todas sus indicaciones. Tengo una sola duda.

—Dime.

—¿Puedo viajar a Iquique?

—Por supuesto. Ya cumpliste 20 semanas sin ningún problema. Sólo tienes que cuidarte.

En sus vacaciones de invierno, Gioconda tomó el bus que la llevó a Iquique, donde su familia la esperaba sin tener idea de su embarazo. En esa época comenzaba a notarse un leve abultamiento en su vientre, que aún era posible disimular con la ropa adecuada. En un comienzo no hizo mención del tema; dejó pasar los primeros días y cuando faltaba poco para su regreso tuvo una larga conversación con su madre, que al día siguiente se hizo extensiva a su papá. Era lo que más temía; su padre era un hombre reservado, poco comunicativo y muchas veces irritable. Pese a que su madre intentó prepararlo para la entrevista, el hombre permaneció en silencio y sólo abrió sus labios para decir:

—Eres tú la que llegó a esto, ahora tienes que afrontarlo.

La joven quiso responder y expresarle algo, pero su padre se levantó y alejó, sin volver a dirigirle la atención.

Gioconda no pudo disimular su tristeza por esa actitud que la conmovió más que si la hubiesen increpado. El abrazo, más largo y apretado que en su primera despedida, y las lágrimas que se desprendieron junto con sus manos, dejaron a la muchacha el firme propósito de no volver a defraudar a sus padres.

Los últimos meses fueron de mayor tranquilidad. Gioconda había salvado la última y más difícil de las vallas, la comunicación sincera con sus padres. Se dedicó a sus estudios, a acompañar a Tito en sus actividades en la Federación de Estudiantes y sobre todo a esperar la llegada de su hijo, que según varios vaticinios debería ser un varón.

Ese 25 de agosto Héctor le tuvo más de una sorpresa. Era el cumpleaños de Gioconda y la pareja se juntó en el departamento del joven, donde habían invitado a Margarita, su compañera de la Universidad, a los hermanos Cárdenas, que en la pensión se habían convertido en los mejores amigos de la muchacha y por supuesto a los inseparables camaradas que vivían con él.

Fue una reunión de conversación, risas y cantos, a los acordes de la guitarra del dueño de casa. Las horas pasaron con la rapidez de los momentos gratos y cuando estaba próxima la madrugada, Héctor tomó la palabra.

—Queridos amigos, esta reunión ha tenido como objetivo celebrar los diecinueve años de Yoko, a quien los dioses pusieron en mi camino. Cuando a comienzos de año la vi nadando vestida en la piscina, no imaginé ni habría estimado posible que a sólo cinco meses estaríamos celebrando su cumpleaños en mi departamento... y menos esperando un hijo. Pero como de su cumpleaños se trata, tenía que tenerle un regalo y ese regalo para alguien

muy especial debía ser también algo muy especial. Mi regalo es una promesa de matrimonio, que deberemos formalizar tan pronto como sea posible.

La sorpresa y la emoción provocaron en Gioconda una reacción de llanto y de risa que terminó por expresarse en un abrazo interminable, mientras giraban como si bailasen un vals al compás del aplauso de sus amigos.

No fue tan fácil, sin embargo. Cuando estuvieron solos, Gioconda le dijo que no quería casarse.

—¿Cómo que no?, ¿no vamos a vivir juntos acaso?

—Sí, pero casándonos te estás comprometiendo para siempre.

—...¿es que tú no?

—Por favor, no te molestes. No quiero discutir eso contigo.

—¿Que no quieres discutir conmigo... la decisión más importante que jamás haya tomado? ¡Esto sí que es curioso!

—Es por ti, Tito, no por mí. Hace pocos meses que nos conocemos y te quieres comprometer para toda la vida. Estoy de acuerdo en que vivamos juntos como pareja, pero dejemos el matrimonio para más adelante, cuando el tiempo nos aconseje que es oportuno.

—Yo no necesito consejos del tiempo ni de nadie para mis decisiones y menos cuando se trata de mis sentimientos. Ahora, si eres tú quien no está segura...

—Tito, por favor, otra vez. Me duele que todavía tengas dudas de mí; te digo que pienso en ti cuando creo que aún no debemos casarnos.

—Mira, te lo diré con todas sus letras: además de pensar en nosotros como pareja, estoy pensando en nuestro hijo y por ningún motivo permitiré que nazca como hijo natural, sin sus derechos como corresponde.

En una sencilla ceremonia del Registro Civil quedó estampado el compromiso de ambos para respetarse y

socorrerse mutuamente, bajo el testimonio de sus amigos y el consentimiento de sus padres.

De acuerdo con Héctor y sus compañeros, Gioconda se fue a vivir con ellos el último mes de su embarazo. Allí, una madrugada, percibió el comienzo de las contracciones que iniciaban el trabajo de parto.

Toleró silenciosamente durante dos horas hasta que el temor a que el niño fuese a nacer de un momento a otro la hizo despertar a Héctor, quien al enterarse de lo que ocurría se levantó precipitadamente, despertando de paso a sus dos amigos.

—Vamos, levántate. Te llevaremos al hospital.

—Espera. Tenemos que preparar las cosas, la camisa, la toalla de papel, mis artículos de aseo, en fin; aquí tengo la lista.

Gioconda no pudo continuar. Una nueva contracción la hizo gemir de dolor, aumentando la preocupación de los demás.

—¡Jorge... anda a la esquina y llama al hospital para que manden la ambulancia de inmediato!... ¡Apúrate!

—¡No, todavía no! Me dijeron que esperara que viniesen tres contracciones en diez minutos... y éstas son más espaciadas.

—Entonces pon a hervir agua.

Jorge, que siempre era el más sereno, obedeció con aparente calma. No pasaron más de tres minutos cuando nuevamente un gemido de Gioconda acusó la siguiente contracción.

—¿Qué pasa que todavía no llamas a la ambulancia?

—Pero si me dijiste que pusiese a hervir agua.

—¡Anda, corre!... ¿qué esperas?, ¿que nazca aquí?

Jorge voló hacia el teléfono público de la esquina. De ahí en adelante los minutos comenzaron a correr como si fueran horas o días. En espera de la ambulancia, Gioconda

pasaba de una contracción a otra, conteniendo dificultosamente el dolor con respiraciones agitadas y los ejercicios de relajación que le habían enseñado.

—¿Qué hago con el agua que está hirviendo?

—No sé.

—¿Para qué la hicimos hervir, entonces?

—¡Qué sé yo! En las películas siempre hierven agua.

—¿Preparo unos cafés?

—¡Bueno, hombre! ¡Haz lo que quieras!

Oír la llegada de la ambulancia fue el desahogo esperado. La seguridad con que procedían los paramédicos y la tranquilidad con que afrontaban la situación fueron suficientes para encomendarles a Gioconda, con la confianza de entregarla en buenas manos.

El parto transcurrió sin problemas, y los tres muchachos abandonaron la Maternidad del Hospital de Viña del Mar, sabiendo que Gioconda era madre de un varón de tres kilos y seiscientos gramos.

EL VIENTO PUEDE ESTORBAR EL VUELO DE LAS AVES

Todo siguió bien hasta la medianoche. Cuando la auxiliar se acercó a Gioconda, para el último control de pulso y presión arterial, la notó inquieta, extremadamente pálida y empapada en sudor. Corrió donde la matrona, quien llegó de inmediato, encontrando a la muchacha sin pulso perceptible, sobre un enorme charco de sangre empozada en el plástico que protege al colchón de catre clínico.

De ahí en adelante se inició una tensa carrera. El obstetra indicó que se le administrase una infusión endovenosa de constrictores uterinos, que se le transfundiese abundante sangre de inmediato y se avisara al médico de turno de la Unidad de Cuidados Intensivos; él comenzó una revisión, buscando restos de placenta en la cavidad del útero.

Así se logró que reapareciera el pulso palpable y que la joven recuperase la conciencia, pero la situación estaba lejos de parecer controlada. Seguía sangrando casi tan profusamente como la cantidad de sangre que recibía. El médico intensivista le colocó un catéter en una vena del cuello, por el cual la sangre transfundida comenzó a pasar en un chorro continuo. Los exámenes informaron que no existía un trastorno de su coagulación que explicase la hemorragia. Tampoco se encontraron restos de placenta que la provocasen.

La temida posibilidad de que fuese el propio útero el que carecía de poder para contraerse y detener el sangramiento pareció ser la primera posibilidad diagnóstica de la emergencia.

El obstetra y la matrona se miraron con contenida angustia cuando el médico intensivista dijo:

—Sigue sangrando a chorros. Es necesario detener la hemorragia o no habrá sangre suficiente para transfundirle.

El obstetra sabía que la inercia uterina con hemorragia incontrolable obligaría a extirparle la matriz, dejándola irremediabilmente estéril a los diecinueve años de edad.

—Llévenla a pabellón —ordenó.

Alrededor de dos horas demoró la intervención quirúrgica. Los índices vitales de Gioconda se estabilizaron, pero se desconocían las condiciones de su recuperación. Su frágil estado había tolerado mal la anestesia y permanecía inconsciente. El pronóstico dependía sólo de su vitalidad y de factores ajenos a quienes intentaban recuperarla.

Así se trasladó a la sala de Cuidados Intensivos, donde la esperaban con monitor cardíaco y respirador artificial para la batalla decisiva.

Sólo en la madrugada, cuando el pulso se mantuvo firme y los riñones, con el flujo de orina, comenzaron a demostrar la recuperación de su organismo, se pudieron percibir vestigios de esperanza en el personal que seguía corriendo, tenso y concentrado en sus deberes.

Si no sobrevenía alguna nueva complicación, la lucha parecía ganada. Recién entonces el médico de turno se retiró a su residencia con el paso cansado y la indefinible satisfacción de haber logrado un triunfo que no tiene comparación con ninguna otra victoria. Se recostó en su cama y tardó en conciliar el sueño.

Gioconda nunca recordó esas horas. Dos días, al menos, quedaron ausentes de su conciencia. Sus vivencias

claras se reiniciaron al encontrarse en un aislado de la maternidad, donde todos los que entraban usaban doble delantal, gorro clínico, guantes y mascarillas. Ella no estaba lo suficientemente lúcida para captar que los que le atendían permanecían tan poco tiempo en la habitación como su tarea se los permitía, que casi no le conversaban y que los platos permanecían horas después de terminada la comida sobre la repisa sin que los retirasen. No parecía falta de afecto, ya que los ojos de quienes la atendían denotaban dulzura y hasta cariño, pero de haberseles observado con atención se les habría apreciado distantes y extremadamente cuidadosos.

Su primera inquietud fue poder ver y tener a su hijo, pero repetidamente le dijeron que aún no estaba en condiciones y la tranquilizaron afirmando que era un niño sano y encantador.

La matrona supervisora era la única que solía permanecer acompañándola, conversando sobre los recién nacidos y preguntándole sobre su vida. No era tan precisa, sin embargo, en algunas respuestas.

—¿Por qué no ha venido mi esposo?

—Ha venido todos los días a preguntar por ti, pero en los hospitales hay días de visita que hay que respetar. Esas galletas las trajo él.

—Sí, lo sé. Pero no entiendo que aún no lo dejen entrar.

—Vino a verte todos los días que estuviste en Cuidados Intensivos, pero aquí en la sala es distinto. Tiene que esperar los días de visita.

—¿Cuándo es eso?

—Ya no hay visitas hasta el domingo. Pasado mañana.

Antes del domingo vino el médico jefe de la Maternidad con la matrona supervisora y se sentaron al lado de Gioconda.

—¿Sabes? Tenemos algo importante que comunicarte.

La joven pensó que su hijo, a quien aún no podía tener a su lado, estaba con problemas y el corazón se le aceleró con inquietud.

—¿Qué pasa?... ¿mi bebé?

—No. Tranquila, tu varoncito está estupendo. Se trata de otro problema.

Gioconda esperó con ansiedad.

—Lo que pasa es que hay un examen que no está bueno.

—¿De quién?

—Tuyo.

Siguió un silencio verdaderamente enervante.

—¿De qué se trata?

—Bueno, hay un examen de sangre que muestra que tus defensas están muy bajas.

El médico, ante la nueva expectación de Gioconda, se vio obligado a decirlo de una vez.

—Como recibiste una gran cantidad de sangre en transfusiones, hubo que hacerte algunos exámenes especiales y uno de ellos salió alterado. La verdad es que parece que, en alguna forma, te contagiaste con el virus del Sida.

LAS AVES SON VULNERABLES CUANDO NO VUELAN

Gioconda no habría podido precisar si su pérdida de apetito se debía a una razón involuntaria o a su propia reacción a la drástica sentencia. Tampoco era algo que le importase. Lo cierto es que llevaba tres días sin probar comida.

En un comienzo le fue imposible creer que fuese ella quien escuchaba su diagnóstico. En su estado de indescriptible desazón fue Carmen Julia, la matrona, la única a quien hablaba más allá de palabras aisladas.

—No, no puede ser. Ese examen no es mío.

El silencio fue la respuesta más dura de esperar.

—Es que es imposible; ¿de dónde?... si yo no. No, tiene que ser un error.

Nuevamente no obtuvo respuesta, sino una mano que tomó la suya y la apretó con la fuerza del más intenso sentimiento. Se produjo un silencio en que sólo los ojos acuosos y el ceño adolorido fueron la comunicación entre ella y la matrona. Entonces, sin poder expresar otra palabra, Gioconda liberó el llanto una vez más. Carmen Julia tampoco se pudo controlar, acompañándola con sus propias lágrimas. Así permanecieron muchos minutos.

Gioconda alternaba su mirada en un punto distante buscando una respuesta y luego en los ojos de su única acompañante, enrojecidos como los suyos por el llanto.

La mano de la matrona no dejaba de acariciar la cara y el cabello de la muchacha con el cariño que, se supone, sólo las madres son capaces de transmitir.

—Dígame, ¿qué está pasando?... ¿cómo pudo ser?... ¡dígame que no es verdad!

—Tesoro, sólo puedo decirte lo que yo sé. Más tarde vendrá la doctora Barrientos que podrá explicarte más cosas. Ahora relájate. Vamos, toma esta tableta y trata de dormir un poco. Ten calma y tranquilidad para lo que venga por delante; quizás no sea tan terrible o algo distinto. No pierdas la fe en ti misma y en la vida, porque eres muy joven y los jóvenes tienen más fuerza que nadie. Ahora descansa y luego trata de comer... algo que sea.

Más tarde Gioconda agradecería que hubiese sido Carmen Julia, la matrona supervisora, quien hubiese estado a su lado en ese momento. Esta profesional, que había ayudado a tantas madres a traer sus hijos a la vida y cuyas cualidades en una personalidad firme, voluntariosa y de fuertes principios humanistas, la habían llevado a la jefatura de sus colegas, había sido casualmente la persona indicada para vivir tan dura experiencia. La primera de este tipo en su carrera.

La otra persona que vino a acompañar en esos momentos a Gioconda también fue un designio afortunado. La doctora Barrientos era una excepción en su especialidad. La Infectología, una rama nueva de la Medicina Interna, estaba preferentemente ejercida por médicos hombres, pero, como todas las especialidades médicas, poco a poco estaba cediendo terreno a las mujeres, cada vez más numerosas en esta profesión. Cecilia Barrientos había recibido su título de médico cirujano hacía sólo cinco años y en su destacada formación en Medicina Interna acumuló los méritos para obtener la especialización en Infectología, con la intención de hacerse cargo del pro-

grama de control del Sida en el Servicio de Salud de Viña del Mar.

Fue una vocación que la llevó a preocuparse de las víctimas de esta epidemia aún antes de especializarse. Se ofreció voluntariamente para atender en el consultorio a todos los portadores y afectados por el VIH, el mortal virus de la inmunodeficiencia humana, cuando la natural reacción de la mayoría de los médicos era desentenderse de esa responsabilidad. Su labor fue tan efectiva, que al término de su formación de internista su presencia y continuidad fueron tan necesarias que despertaron en las autoridades el interés en crearle un cargo en el Servicio para continuar su labor y su especialización en esta disciplina.

Esta mujer, inteligente y delicada, tuvo la misión de incorporar a Gioconda en el programa del Sida del Servicio de Salud.

Tres días sin probar alimento y llorar gran parte del tiempo fue la reacción de Gioconda, junto al estupor y la incredulidad.

La doctora Barrientos la encontró acostada en su cama del aislamiento, con la cabeza apoyada sobre un brazo y la mirada perdida en algún lugar.

—Buenos días, Gioconda, soy la doctora Barrientos.

—Buenos días, doctora.

—Eres más joven de lo que pensaba.

La muchacha no reaccionó al comentario y se limitó a mirarla.

—¿Cuántos días llevas desde que te operaron?

—Una semana. Creo.

—¿Y cómo te sientes?

—¿De qué?

—En general.

La muchacha calló y volvió a mirar hacia el muro.

—Me imagino cómo estás y por eso quiero aclararte muchas cosas. Después te sentirás mejor.

Gioconda mantuvo su silencio y la doctora, ignorando esa indiferencia, siguió su charla con tono suave y convincente.

—Como sabes, hay un examen que te salió alterado y tendremos que confirmarlo.

La muchacha volvió lentamente su cabeza hacia la doctora, con algún interés.

—Tu examen de Elisa salió positivo para Sida; pero este examen no es del todo seguro. Hay que esperar la confirmación y eso demora porque se hace en Santiago. ¿Tú sabes lo que es el Elisa?

—Creo que sí... es el examen para el Sida.

—Bueno, no es exactamente eso. Mira, Elisa es un método de laboratorio con el que se pueden hacer muchos exámenes y el Sida es uno de ellos. En todo caso este examen es muy sensible y por eso puede haber resultados equivocados, que llamamos "falsos positivos". ¿Me entiendes? Sirve para buscar el Sida sin que se escape nadie, pero desgraciadamente puede, al revés, parecer positivo en algunas personas que no están enfermas. Es muy sensible, pero no muy específico. Eso quiere decir que cuando encontramos resultados de Elisa para el Sida tenemos que hacer otro examen, más preciso, para confirmarlo. Hemos tenido casos en que no se ha comprobado; por lo tanto, todavía no sabemos si realmente tienes el virus o eres un "falso positivo".

—Y usted, ¿cree que puedo ser un "falso positivo"?

—Mira, nadie lo sabe. Por eso no quiero crearte ilusiones, sino advertirte sobre esa posibilidad.

—Pero, doctora, ¿qué probabilidades hay de que sea un "falso positivo"?

—Las probabilidades no corren en los casos individuales. Es posible que sí y es posible que no.

—¿Cómo puede decirme que quizás sí o quizás no?, es demasiado terrible. Yo quiero saber qué pasa conmigo, no me interesa otra cosa.

—Bueno, para eso he venido, para que juntas intentemos llegar a saber lo que verdaderamente te está pasando y lo primero que sabemos es que todavía el diagnóstico no está confirmado. Por eso necesitas estar más tranquila y ayudarme como yo voy a ayudarte a ti, ¿de acuerdo?

Gioconda aceptó con otro silencio, pero con una nueva actitud de interés.

—Te voy a tener que hacer algunas preguntas y debes estar preparada para contestarlas todas, en forma franca y con esa fuerza que yo sé que tú tienes, ¿ya?... ¿Te habían operado antes, de algo?

—No.

—¿Habías recibido alguna transfusión de sangre?

—No.

—¿En qué partes has vivido? ¿Sólo en Chile, o has estado en el extranjero?

—No. No he salido nunca de Chile. Nací y viví siempre en Iquique. El año pasado estuve en el sur y desde marzo vivo en Valparaíso.

—¿Qué enfermedades has tenido hasta ahora?

—Ninguna, que yo sepa... las normales. Las que tiene todo el mundo.

—Eres casada, ¿verdad?, ¿cuánto tiempo?

—Hace muy poco, en septiembre.

—¿Cuánto tiempo conoces a tu esposo?

—Desde marzo.

—¿Tus relaciones con él las consideras normales?

—Por supuesto... ¿a qué se refiere?

—A nada especial. Sólo a si te parecen normales.

—Sí.

—¿Has mantenido relaciones con otras personas?

—¿Relaciones... íntimas?

—Sí. Relaciones sexuales.

—No.

—¿Y antes de casarte?

Gioconda estaba temiendo esa pregunta. Desde que supo que podría tener Sida, el recuerdo de su breve aventura del sur retornaba repetidamente con sensación de angustia.

Volvió a sorprenderse de haber sido ella quien convivió con un desconocido durante diez días. ¿Y si hubiese sido él quien le transmitió el Sida? Después de una pausa, casi imperceptible, respondió:

—Tampoco.

La doctora aceptó la respuesta con naturalidad y se despidió, diciéndole:

—Bueno, chiquilla. Eso es todo por ahora, espero que estés más tranquila. Están pendientes otros exámenes y sólo entonces tendremos todo claro. Ahora relájate y no pienses en esto. Piensa en tu hijo, que según tengo entendido es un niño muy sano y precioso; él te necesita con toda tu energía, con tu voluntad de vivir y todas las ventajas de tu juventud.

A Gioconda volvieron a llenársele los ojos de lágrimas, pero esta vez esbozó una sonrisa. Los azules ojos de la doctora se humedecieron en el instante en que se volvió para despedirse.

UN TÚNEL ENVOLVENTE QUE NO TIENE FIN

El ser humano puede soportar más de lo que imagina. Si hubiese supuesto una situación parecida, habría pensado que sobrepasaría mi capacidad de sufrimiento. Creo, de todos modos, que mi situación llegó a los límites que una persona puede sobrellevar sin caer en una depresión irreversible. Nadie, que no haya vivido una experiencia similar, puede siquiera vislumbrar un impacto semejante, más aun cuando se está proyectando la creación de su familia.

Para el médico que me lo comunicó tampoco fue fácil.

Comenzó con vanos rodeos que alargaban sin sentido aparente algo importante que comunicarme. En esos momentos, pensé que la Yoko había tenido otra hemorragia y esperé temeroso que me lo confirmase, pero cuando de su boca oí que le habían detectado el Sida, el estupor no me permitió reaccionar.

Fue tan increíble que no sentí nada de lo que se pudiese suponer: ni angustia, ni tristeza, ni pavor ni otra sensación normal, como puede ocurrir si se nos avisa de un accidente o de la muerte de alguien muy querido. No, nada parecido; fue indescriptible. Me sentí transportado a una pesadilla que parecía no tener fin.

No recuerdo haber dicho algo y seguramente no lo dije, porque el doctor llenó el silencio con más palabras. Puedo volver a verlo, tan afectado por su tarea, que hablaba

forzadamente, aunque se hubiese preparado para decir lo justo y adecuado.

Como yo continuaba atónito, sin decir nada, me acercó una silla donde me dejé caer, para comenzar a sentirme acorralado en un cámara de tortura psicológica implacable, que se prolongaba, que persistía, como si hubiese estado en el choque de un vehículo y el desconcierto, el ruido de fierros y latas retorcidos, el vértigo del movimiento descontrolado y el pánico se prolongasen sin llegar a su natural término.

Me dijo algo que debió ser un consuelo o una esperanza y se retiró, ordenándole a una enfermera que me diese un tranquilizante.

Se supone que el médico y la enfermera pueden aliviar también el dolor del espíritu, pero no fue así. Sus consuelos eran ajenos y no me tocaban. Luego, al retirarme, sentí la soledad del dolor individual, que no se comparte, porque es sólo propio y nadie puede remediar.

Tampoco vale el consuelo, que tiene más de compasión que de ayuda. Como aquella vez que vi a un hombre atropellado por un auto y sentí una pena enorme por él, pero sabía que no tenía forma de ayudarlo. Así es la compasión. Y yo sentí que debía huir de la compasión y del consuelo, porque sólo son remedos de ayuda. Me fui. Me alejé lentamente y caminé hacia donde fuese más lejos.

Sentí el peso de la soledad, pero al mismo tiempo su protección. Hasta que comencé a llorar desgarradoramente.

Quizás cuántos me vieron vagando con la mirada perdida y el llanto a viva voz, pensando que estaba loco y apiadándose del pobre hombre.

Caminé por ese túnel que me aislaba de todo y me llevaba en una sola dirección: hacia donde no hubiese nada, porque no deseaba llegar a ninguna parte que no fuese yo mismo.

AHORA... Y EN LA HORA DE LA MUERTE

La doctora Barrientos tuvo la virtud de traspasar la barrera que la desolación había extendido alrededor de Gioconda. Cada vez que la visitaba le conversaba de otras cosas y, aparte del control clínico necesario, no le volvió a hablar de su enfermedad ni a interrogarla.

La muchacha sabía que si la doctora no se lo mencionaba, el examen de confirmación aún estaba pendiente. Temía hacer preguntas y que se las hiciesen, de modo que de no ser por su estado depresivo, parecía haber olvidado lo que estaba ocurriendo.

El tema volvió inevitablemente a raíz de la incertidumbre que más le preocupaba.

—Doctora, si tengo el Sida, ¿qué pasará con mi hijo?

Ésta era, a su vez, una pregunta que la doctora estaba esperando y se encontraba preparada para responder.

—Tu hijo, como has visto, está muy sanito. En el recién nacido el examen del Sida no es muy confiable, porque si tiene anticuerpos que den un examen positivo, es decir alterado, pueden ser los anticuerpos de la madre que pasaron a su sangre, sin que necesariamente se haya contagiado con el virus mismo, ¿me entiendes? Por eso, aunque también mandamos su sangre para investigarla, tendríamos que esperar mayor tiempo para saber exactamente si está infectado.

—¿Cuánto tiempo?

—El necesario para que los anticuerpos entregados por la madre se hayan agotado. Es lo mismo que sucede con muchas otras defensas que las madres transmiten a sus hijos contra infecciones habituales, hasta que él está en condiciones de formar sus propios anticuerpos.

—Entiendo, tendremos que seguir esperando, ¿no?

Gioconda quedó con varias dudas, pero no deseaba continuar hablando de Sida. Tenía claro que su niño se veía sano y que si quería saber más tendría que esperar. Aún más que para saber de ella misma.

Su encuentro con Héctor fue el siguiente impacto que deseaba enfrentar y postergar al mismo tiempo. Hasta que fue inevitable.

No hubo palabras sino un abrazo antes de mirarse a las caras y volverse a abrazar, comunicándose a través de la emoción y el amor expresados en lágrimas y la fuerza dolorosa de sus brazos apretados contra sus cuerpos.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, ¿y tú?

—Yo también. Te he echado muchísimo de menos.

—Y yo. No te imaginas la falta que me has hecho.

—¿Cuándo te vas?

—No sé. La doctora dice que pronto... que si el examen demora un par de días más, me puedo ir y volver a control.

—¿Y el niño?

—Está bien. ¿Lo viste?

—Sí. Es un gordo rebelde.

Fue el momento preciso para quebrar la angustia. Los dos sonrieron, mientras las lágrimas dejaron por algunos instantes de ser dolorosas.

Gioconda fue dada de alta antes de poder saber si tenía realmente Sida. La doctora la citó para la semana siguiente y le advirtió que por mientras no tuviese relacio-

nes sexuales. Le entregaron a su hijo y la familia comenzó a compartir la tensión y el dolor.

Al día siguiente enfrentaron el problema.

—No entiendo lo que está pasando.

—Yo tampoco, Tito.

—Pero, ¿hay alguna posibilidad de que sea cierto?, dímelo. Es la mínima confianza que te pido.

—¿Cómo puedo contestarte si ni yo misma lo sé? Para mí es tan extraño como para ti...

—Pero el examen lo dice. Ya sé que todavía no está confirmado, pero algo salió alterado... ¿cómo es posible?... no sé. Si tienes algún indicio, por favor dímelo. Es lo único que te pido, que seas sincera conmigo.

Gioconda no pudo contener el llanto y la conversación volvió a quedar pendiente. Héctor le acarició el cabello.

Sólo cuando el veredicto definitivo del Instituto de Salud Pública confirmó la existencia del virus de inmunodeficiencia humana en Gioconda, la muchacha confidenció a la doctora Barrientos que unos meses antes había tenido relaciones sexuales con un desconocido.

La doctora no hizo demostración de asombro ni le formuló pregunta alguna; esperó que ella misma lo relatase. Su natural actitud de comprensión y confianza fueron suficientes para que la muchacha se lo contase todo.

Después de escucharla, dijo como hacia sí misma.

—Es probable que ésa haya sido la causa. No sabemos mucho de él; tenía un amigo que lo acompañaba a todas partes y venía de Brasil, ¿no es cierto?

—Sí.

—Puede haber sido un bisexual o quizás haya estado con prostitutas. En Brasil está la mayor incidencia de Sida de Sudamérica; hay muchísimos homosexuales y muchos de ellos tienen relaciones con ambos sexos. Es algo posible.

—¿Y no pudo ser por las transfusiones que me pusieron después del parto?

—No. Categóricamente no. Tu examen de sangre que reveló el Sida se tomó antes de las transfusiones; y hoy día prácticamente nadie se puede infectar cuando lo transfunden, porque en todas partes se examina a los dadores antes de aceptarlos.

—¿Y qué pasa con Héctor?

—Afortunadamente, Héctor es Elisa negativo; no tiene Sida. ¿Cuánto tiempo alcanzaste a tener relaciones sexuales con él?

—Muy pocas. Nos casamos cuando ya estaba avanzada en el embarazo.

—Por suerte. Quédate tranquila, que ahora pueden tomar precauciones para que él no se infecte.

—Ni Dios lo permita. Si Héctor se llegase a contagiar yo me mato, y no crea que no lo he pensado. Si de todos modos voy a morir, prefiero matarme yo misma, antes de que se sepa, antes que venga la enfermedad y me consuma de a poco. Si no lo he decidido es porque tengo un hijo a quien debo cuidar mientras pueda; si no fuese por él, creo que me estaría preparando para quitarme la vida. Lo que me queda de vida.

—Es natural que en algún momento lo pienses así, pero no es más que una reacción temporal, no madurada. Piensa que estamos frente a una enfermedad nueva, que la conocemos algo más de diez años y así como ya sabemos quién la produce, cómo se transmite y cómo se descubre, algún día sabremos cómo sanarla. Y ¿quién dice si no serás tú una de las primeras que se salven?

—Cecilia, lo cierto es que hasta ahora no tiene remedio y todos se han muerto, ¿no es así?

—Sí, pero ya hay algunos remedios, como la zidovudina, que parece disminuir las infecciones agregadas y

prolongar la sobrevida. Por otra parte se sabe de portadores que han vivido muchos años sin enfermarse. Tú sólo tienes unos pocos meses y mucho por delante. Si no confías en que puedes sobrevivir terminarás más pronto, le harás falta a tu hijo y a quienes te quieren. La fe ha logrado milagros que escapan a la medicina y si yo me dediqué a esta enfermedad es porque creo que puede derrotarse y espero que seas tú una que lo demuestre.

Esa noche Gioconda recordó una oración que hacía mucho tiempo no repetía. Antes de dormir sus labios musitaron: "Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte".

DONDE HAY UNA ILUSIÓN, PUEDE CREARSE UN FUTURO

Nadie se imagina hasta qué punto una persona infectada con el Sida pasa a ser alguien postergado y rechazado por los demás. Yo tampoco, hasta sentirlo en carne propia.

Comenzó antes que yo misma lo supiese; cuando en el hospital se conoció mi diagnóstico, el personal empezó a evitarme y su actitud, en alguna forma, fue diferente a su conducta anterior.

La verdad es que si yo misma me pregunto ¿cómo me habría comportado ante una persona infectada con Sida?, me queda claro que también habría evitado tocarla para no infectarme. Sin embargo, muy diferente era la actitud de la doctora Barrientos, que no sólo no eludía darme la mano, sino que me saludaba con un beso en la mejilla. Ahora lo entiendo porque ya sé que el virus no se transmite por cualquier contacto físico, sino a través de mecanismos muy precisos. Por eso me es difícil entender que aún exista tal desinformación en la gente, que los hace tener miedo de acercarse a un infectado. Hay que haberlo sentido de cerca para saber lo que significa. Y lo injusto que es, porque yo no puedo infectar a nadie que no tenga relaciones sexuales conmigo o reciba una transfusión de mi propia sangre.

Mis amigos vinieron a saludarme; algunos volvieron una vez más y todos, luego, desaparecieron. Mi madre y

mi familia, después de acompañarme durante el primer tiempo, debieron regresar a Iquique y sólo podían apoyarme a la distancia.

En la Universidad hubo reunión del Consejo para tratar mi caso. Me citaron y me dijeron que podía continuar la carrera si quería, pero que por mi propio bien y el de mi hijo, me recomendaban que me retirase y me dedicase a cuidarlo.

Desgraciadamente las mujeres tenemos la debilidad de ponernos a llorar cuando sentimos la injusticia y no reaccioné de inmediato, pero tuve la entereza de decirles que lo pensaría antes de decidir.

Decidí no volver, no por acatar esa recomendación pequeña e injusta, sino porque estimé que no quería seguir donde no eran capaces de comprenderme.

Nuestra relación con Héctor era muy precaria. Tito hacía lo posible por hacerla natural y demostrarme su cariño, pero ya nada era como antes.

Mi depresión inicial se iba consolidando cada vez más, convirtiéndose en un estado progresivo y permanente. Volví a pensar en que el camino inevitable sería la autoeliminación. Mi hijo podría ser cuidado por Tito, quien con su voluntad y cariño lo haría como yo lo hubiese querido.

Llegué incluso a pensar cómo hacerlo. No tendría valor para un arma de fuego o tirarme al vacío, pero hay drogas que podrían ser un tranquilo paso a la otra vida.

La doctora Barrientos intuyó mi intención. No sé si porque ya lo había vivido con otros enfermos o porque llegó a conocerme lo suficiente para ver más allá de las palabras.

Primero logró que me sincerara y le contase lo que estaba pensando. Luego me escuchó con esa paz y esa atención casi maternas de su dulzura. Después me dijo que me entendía y que ella habría pasado por lo mismo.

Tan sólo que tenía tal respeto por la vida que le habría sido muy difícil llevarlo a cabo.

—¿Cómo podemos disponer de algo que no nos pertenece? Yo no elegí cuándo venir a este mundo; la vida me fue entregada y se me dio para que yo la tuviese mientras durase. No se puede renunciar porque no nos gusta. Pero podemos orientarla hacia donde tenga algún provecho y es posible que no sea lo mismo que teníamos pensado. A lo mejor se espera de nosotros otra cosa. Por ahí debemos buscar antes de tomar una decisión.

Luego, como acostumbraba, cambió de conversación.

Al siguiente control, Cecilia me tenía una novedad.

—¿Sabes? —me dijo—, el último fin de semana estuve en Santiago, en una reunión de especialistas y estuvimos todos de acuerdo en la falta que hace informar adecuadamente a la población todo sobre el Sida. Las autoridades están limitadas por un presupuesto y los medios de comunicación venden sus minutos a las grandes necesidades igual que a una campaña publicitaria, de cualquier bebida. Mientras tanto, la gente no sabe bien dónde están los riesgos y cómo prevenirlos.

—Muchos creen que es igual aquí que en un país africano o en Estados Unidos. Pero no es lo mismo; para nuestra población debemos llegar con un mensaje claro, propio de nuestra realidad, de nuestra cultura, de nuestras costumbres y de nuestros principios. Para eso se necesitan medios y gente con ganas de colaborar. Y esa gente debe trabajar mucho para salir adelante; tiene que tener tiempo e interés para dedicarse a algo que no es fácil, que necesita convicción y voluntad. En fin. Yo creo que es posible conseguirlo. ¿Qué piensas tú?... ¿estarías dispuesta a participar?

Estuve varios días dándole vueltas a las palabras de la doctora Barrientos. Decidí conversarlo con Tito.





¿UN DESAFÍO IMPOSIBLE O UNA ILUSIÓN FACTIBLE?

Héctor se mostraba cariñoso con su esposa y en apariencia ignoraba el drama que vivían, pero su carácter no era el mismo de antes. Había perdido su espontaneidad y parecía poco motivado para todo. Sus días pasaban como rutinas de deberes que cumplir.

Cuando Gioconda le habló de la posibilidad de integrarse a un grupo de trabajo sobre el sida, la escuchó con notorio escepticismo y de a poco le fue argumentando sus aprensiones.

—Mira, Yoko, es muy poco lo que un grupo de bien intencionadas personas puede hacer. Éste es un problema mundial que ni las máximas autoridades han podido controlar. Por eso se sigue extendiendo por todas partes, incluso en las principales potencias. ¿Acaso Estados Unidos no tiene dinero, ni Alemania ni otros? Deja este asunto a quienes corresponde, a las autoridades, ellos tienen el deber de asumirlo y los medios para hacerlo.

—Ése es el problema, Tito, dejar todo en manos de las autoridades mientras el sida sigue cundiendo y... no infecta al gobierno de cada país ni a los organismos internacionales, sino a las personas, comprometiendo a todos nosotros, incluso a los que no están enfermos, a todo el mundo. No ha habido ninguna epidemia en la historia que haya sido controlada sólo por las autoridades. Todos tenemos la obligación de contribuir. Con el cólera

ha habido mayor comprensión y colaboración; con el Sida, en cambio, todavía hay mucha indiferencia; la gente no tiene claro cuáles son los verdaderos riesgos y cómo prevenirlos. Falta mucho por hacer, la gente piensa que es algo ajeno, algo a lo que uno mismo no está expuesto.

—Si tú lo deseas, yo no te lo voy a prohibir, pero no creo que sirva de mucho.

—Es posible que no logre nada, pero estaré más conforme conmigo misma si lo intento.

A partir de entonces un casi imperceptible cambio empezó a gestarse en Gioconda. Algo de su juvenil vitalidad, que había cautivado a Héctor, se empezó a apreciar en la muchacha. Antes de su siguiente control fue donde la doctora Barrientos a preguntarle cómo podría incorporarse a un grupo de trabajo.

—Mira, en Santiago hay un sacerdote, el padre Baldo Santi, que está haciendo una preciosa labor. Anota este teléfono y pídele una entrevista. Dile que es de mi parte.

Se sorprendió al escuchar que se trataba de un sacerdote.

Si aún le quedaban dudas y debía enfrentar la falta de complacencia de Tito, más difícil sería si se trataba de un sacerdote. Tendría que volver a pensarlo.

Gioconda provenía de una familia católica, pero ella gradualmente se había marginado de su religión y más aún cuando se supo portadora del virus del Sida. Al encontrarse condenada a muerte y sin sentirse culpable, su reacción hacia sus principios fue de rebeldía. Luego, al percibir otros valores, que le presentaron una visión diferente de sus motivaciones, había vuelto a mirar hacia su religión, que al menos le ofrecía una esperanza que la ciencia era incapaz de entregar. Aún así, no estaba segura de si valía la pena incorporarse a un trabajo que dependía de una convicción religiosa.

Cuando se le ofreció colaborar, había esperado integrarse a una actividad que fuese a hechos prácticos, a contribuir para una campaña de lucha, pero no para buscar refugio en apoyos espirituales. Prefirió no comunicárselo a Tito, quien se proclamaba ajeno a todo principio religioso.

A pesar de todo, Gioconda tomó el bus que la llevó a entrevistarse con el padre Baldo Santi. No quiso rechazar de antemano algo que aún no conocía.

El rostro complaciente y afable del sacerdote, las gafas y el pelo canoso, le recordaron a Geppetto, el padre carpintero de Pinocho. Más corpulento que el personaje del cuento y más dicharachero, el sacerdote empatizó de inmediato con la joven.

—Aquí —dijo en su español italianado— recibimos a todo el que haya sido afectado por el virus del Sida; deseamos que se sientan acogidos con cariño, como en su familia. Elaboramos folletos y documentos educativos, participamos con autoridades del gobierno, parlamentarios y de muchas instituciones, sin distinciones de religiones, contra esta epidemia y para aliviar en lo que podemos a quienes han sido contagiados. Ya somos muchos, pero pocos para la tarea que tenemos por delante. ¿Cuáles son tus intenciones?

—Bueno, he venido sólo para informarme y ver si de algún modo puedo ser útil.

—¿Útil? Por supuesto que sí; toda persona que quiera colaborar es útil para nuestro trabajo. Tú vienes de Valparaíso, ¿no?; eso es algo muy interesante. Bien, quédate un rato más porque dentro de pocos minutos comienza una reunión de un grupo de trabajo. Después... si lo deseas, podrías venir cada quince días, ¿qué te parece?

Gioconda volvió a su casa con una disposición diferente a aquella con que había partido esa mañana. No

sabía si estaba entusiasmada por las posibilidades de iniciar una nueva vida, con el atractivo del desafío de una labor imposible o fascinada por una ilusión capaz de hacerse realidad. Le atraía la idea de dejarse llevar por el entusiasmo de hacer algo interesante.

UNA DISCUSIÓN QUE QUEDA SIN FIN

El padre Santi, Vicepresidente Ejecutivo de Cáritas Chile, había sido designado por la Conferencia Episcopal para encarar, al frente de su institución, el problema del Sida en Chile.

“Los enfermos de Sida constituyen un sector de la humanidad que sufre hondamente —decía la carta del Obispo, al concederle esta responsabilidad—; vemos con dolor que entre nosotros se den tantas actitudes que rechazan y condenan a personas que sufren este mal. Sólo Dios sabe lo que sucede en el corazón del hombre y nunca podremos confundir el pecado con el pecador.”

Esta preocupación por los enfermos y la preservación de una sociedad sana, física y espiritualmente, fueron las bases para que las autoridades eclesásticas le asignaran la magna tarea.

No fue difícil motivar al padre Santi. Para quien llevaba treinta años con la misión de encauzar la promoción social de sectores marginales y ayudar a quienes estuviesen en situaciones dolorosas por catástrofes —como inundaciones o terremotos—, la trágica situación provocada por esta epidemia era un nuevo llamado de su Dios a emplear sus energías en una empresa gigante.

Para Gioconda fue el hallazgo de un padre diferente, en quien vio el dinamismo que ella admiraba. Un líder, un consejero y un orientador de singular claridad.

—Vivir, ¿por qué? No son mis palabras —decía el padre Santi—, sino el lema de la IV Conferencia Internacional de la Pastoral de la Salud en la Sala del Sínodo del Vaticano. Allí vi a un enfermo de Sida dirigirse al Santo Padre, diciéndole:

"Gracias por las atenciones y cuidados que efectúa en este campo y por los centros que han surgido, por su interés personal para acoger a quienes, como nosotros, por causa de esta enfermedad, se ven obligados a vivir fuera de casa". Me parece volver a verlo, con su voz castigada por la emoción y la fuerza del corazón en cada palabra; en seguida agregó: "Quiero vivir porque he descubierto, entre otras cosas, mucha bondad en nuestro prójimo y el gozo que hay en una vida serena y limpia..."

Gioconda no había sido expulsada de su casa, pero sentía el aislamiento de quienes conocían su situación. Las personas que titubeaban al darle la mano, aquellos que se escurrían después de saludarla y corrían a lavarse obsesivamente para evitar el contagio. Sabía de otros portadores que no eran reconocidos por sus propios familiares.

—“Queremos vivir” —recalcaba el padre Santi—. Ésa es la respuesta de quienes tienen Sida. De quienes descubren que después de todo no están solos, cuando encuentran bondad en su prójimo y reciben nuestra confianza en que, con la ayuda del hombre y de Dios, podremos salir pronto de este camino de la muerte. Tenemos la obligación de estar con ellos y juntos dar la gran batalla.

Era una visión diferente del mismo drama, en que la angustia era reemplazada por la esperanza.

—Estoy de acuerdo contigo —le dijo Héctor, cuando la oyó contar, con prudente entusiasmo, sus experiencias en Santiago—, pero sigo creyendo que la lucha está en los laboratorios y en los poderes del Estado. De poco sirven los consuelos y las esperanzas si este asunto se

sigue propagando y contagiando a moros y cristianos. Lo que yo haría es ser drástico, obligar a un examen de Elisa a todos los que viajan, a los que se casan, a los que hacen el Servicio Militar, a los que ingresan a la Universidad. Y, lo más importante, instruir a la juventud para que use condones y no se exponga a contraer el Sida. Con algo tan simple como eso, ¿no estás de acuerdo?

—Sí, claro, es lo más simple.

—¿Lo más simple? No, Yoko. No es fácil hablar de condones en una sociedad mojigata. Y, por eso, por la mojigatería es que no estamos preparados para combatir algo natural como un contagio sexual.

Se produjo un incómodo silencio. Ambos estaban nerviosos, tensos, especialmente Gioconda, como cada vez que se referían al tema.

—Mira, Tito, es verdad. Conmigo no usaron preservativo, pero he pensado mucho sobre esto. ¿Era esa la forma correcta de evitarlo?, ¿o lo adecuado hubiese sido no haberlo hecho? ¿Qué necesidad tenía de acostarme con él? Sólo el deseo natural, ¿no es cierto? Pero, ¿pude haberme negado? No me caben dudas que sí. Muchas veces lo hice. ¿Por qué esa vez accedí? Sencillamente porque no me detuve y no me refrené como otras veces. Entonces, ¿esta maldita enfermedad la tengo porque no le pregunté si tenía el condón puesto o porque no supe contenerme cuando debía hacerlo?, ¿ah? Dime. Yo lo tengo claro. Si no me acuesto con ese fulano, que para mí era indiferente, hoy no tendría Sida. ¿Me entiendes? Y eso... eso necesito decirlo en alguna forma. Y no voy a quedarme callada, porque no quiero que vuelva a ocurrirle a nadie más, ¿te das cuenta?

—Eso es en tu caso, pero para la mayoría es diferente. No todo el mundo piensa en lo que debe hacer y en lo que no debe.

—Eso no te lo acepto, Tito. No tienes derecho a menospreciar a los demás. Todo el mundo es capaz de saber lo que debe hacer y lo que no debe.

—Claro, siempre que no sea cuando está abrazado con otro. Pareciera que no supieras lo que es la pasión sexual y de cómo es imposible detenerse en algún momento.

Gioconda sintió un estremecimiento fugaz y tuvo un leve suspiro antes de responder.

—Para llegar a ese momento que tú dices es necesario haberse dejado llevar hasta eso. Lo que yo digo es que si evitamos llegar a ese punto se acabó el problema. Por otra parte, en esa situación, ¿tendrías la fuerza de voluntad de decir: "espérate a que me ponga el condón"?

La discusión se alargó más de lo imaginado; era difícil convencer uno al otro cuando ambos creían tener la razón. Héctor suponía que la relación de Gioconda con esa institución católica le había influido en un sentido religioso o espiritual que él no compartía.

—No, Tito, no es sólo un punto de vista doctrinario ni de mojigatería. Tiene que ver con la moral, con la moral social, que no es dogmática, sino una norma de vida que la humanidad se ha impuesto para vivir en sociedad. Es imposible compartir una comunidad si los habitantes no acuerdan criterios comunes que deben respetarse. Nuestra propia justicia condena la prostitución y la corrupción sexual. La Iglesia Católica tiene claros fundamentos para no aceptar esas conductas, pero aun para quienes no comparten esos principios sigue siendo válido que no debemos ser promiscuos, ni homosexuales, ni ejercer la prostitución.

—¿Es que no entiendes? El Sida no está amenazando a nuestra moral sino que está matando a millares de seres humanos.

"Eso es una realidad y no una quimera o una utopía ¿y qué estamos haciendo para evitarlo?, ¿predicar la castidad y la virginidad?"

"Eso es absurdo. Estamos terminando el siglo veinte, cuando todos rechazan la hipocresía, y estamos sufriendo las consecuencias de una educación falsamente moralista que lo único que ha hecho es ocultar el sexo como un pecado y un tabú. Por eso el Sida sigue su curso y puede infectar a personas inocentes. No sé cómo tú todavía no lo entiendes.

—Lo entiendo mejor de lo que imaginas, más que cualquiera y no necesito darte esas razones. No tienes idea cuánto he pensado sobre esto, cuántas horas le he dado vueltas y vueltas. Por eso tengo una visión clara y real del problema. Aún más, es muy sencillo, si la gran mayoría de los infectados con Sida en todo Chile son homosexuales o han tenido relaciones con ambos sexos, si el resto son prostitutas, infectados con transfusiones, drogadictos o personas que en alguna forma se relacionan con ellos, la solución del problema es no correr estos riesgos.

"Ahora que las transfusiones de sangre están controladas, si por un arte de magia se acabaran la homosexualidad, la promiscuidad, la inyección de drogas y la prostitución, se acabaría el Sida, ¿o no?"

—Mi amor, lo último que hubiese querido hacer es discutir este tema contigo, pero seamos realistas, el sexo es un instinto muy fuerte y tú no lo puedes reprimir como quien decide no comer helado. Si tú pretendes que ante un deseo sexual intenso el joven decida abstenerse por temor a una posible enfermedad, estamos perdidos; el Sida no lo para nadie.

—Ése es el mayor problema, porque el Sida puede ser detenido a la larga por una vacuna o por un nuevo

remedio, pero si a nuestra generación se le enseña que todo es tan sencillo como usar un condón, no te quepan dudas de que tarde o temprano vendrá otro virus, así como apareció el Sida, que puede ser igual o peor. Y tendremos otra nueva epidemia y buscaremos otra vacuna, y así eternamente. El asunto no está en cómo cuidarse sino en cortar la raíz del problema.

Héctor movió su cabeza con disconformidad, pero guardó silencio.

—Es como si para evitar incendios en una casa tú recomendaras tener un extintor en cada pieza. ¿No sería preferible revisar el buen estado del sistema eléctrico y apagar las velas antes de dormirse? Lo ideal es que nunca llegues a necesitar los extintores, ¿entiendes?

—No, no es lo mismo. Te insisto en que promulgar la abstinencia sexual hoy día es algo inconsecuente. Ya no existen esos tapujos absurdos contra el sexo y los jóvenes desean y tienen derecho a la libertad sexual. Hoy día hablar de abstinencia es una estupidez.

—¿Y quién habla de imponer abstinencia? La castidad y la virginidad son condiciones de voluntad y convicción individuales.

—"Cuando nos dirigimos a la juventud en forma masiva no podemos exigirles a todos abstinencia, pero otra cosa es la fidelidad de pareja. Cuando ambos son fieles, con eso basta. Es una sublime manifestación del amor mutuo y además no corren riesgo alguno de contagiarse con Sida ni otra enfermedad sexual.

—Ésa es otra ingenuidad. Tampoco puedes exigir fidelidad a los jóvenes, que están con sus hormonas ardiendo. Basta que a cualquier hombre lo tiene una mujer atractiva, para que le muestre su virilidad llevándola a la cama. Eso no lo vas a cambiar de un día para otro y mientras tanto el Sida sigue arrasando en el mundo ente-

ro. Convéncelos que usen el condón, que va a ser más fácil y sanseacabó.

Héctor dijo estas palabras con impaciencia y en forma cortante, para dar por terminada la discusión. No se sentía cómodo discutiendo el tema y no le agradaba ser rebatido en sus argumentos. Pero la muchacha no estaba dispuesta a abandonar sus puntos de vista sin que Héctor los considerase.

—Sanseacabó deben haber dicho los que programaron las campañas contra el Sida en Estados Unidos y Europa promoviendo el uso de condones y mira... cómo se les acabó el problema. Ya no tienen cómo pararlo y eso que allá los condones se venden como los cigarrillos. Lo que algunos no entienden es que para cada país, para cada cultura y para cada pueblo se necesita una estrategia diferente. En Norteamérica, donde los homosexuales están organizados y consiguieron carta de ciudadanía, con sus derechos a ser tolerados sin importar exhibicionismo y alarde públicos, no puedes cambiar sus costumbres de un día para otro. Pero ésa no es la situación de Chile. Además hay otra realidad y es que los chilenos nunca se van a acostumbrar al condón, porque no está en su manera de ser, porque no lo aceptan y porque les cuesta dinero. Una campaña para promover el condón en nuestro medio, en forma masiva, está destinada al fracaso, peor de lo que ha ocurrido en Estados Unidos y Europa. Aquí todavía es posible lograr un razonable grado de limpieza en la sexualidad. Con que los jóvenes sean fieles con su pareja basta.

—No creo que se logre. La juventud tiende a ser infiel.

—Falso, Tito, ¿de dónde sacas eso? Nuestra juventud tiende a ser sentimental y sana. La mayoría de las parejas jóvenes son fieles. Lo que pasa es que quienes temen que el Sida nos llegue a todos promueven el condón para que

los demás no se infecten y no nos infecten a nosotros y a nuestras familias. En el fondo hay un egoísmo interesado. Que usen condón... pero por supuesto los demás, los homosexuales, los promiscuos, todos los que corren el riesgo, y repartamos condones gratis a los irresponsables, a todos los demás, pero menos a los propios hijos, tú mismo, ¿se lo recomendarías a tu hijo?... no, a él preferirías enseñarle que lo más seguro es que no corra el riesgo, ¿verdad? ¿Te imaginas diciéndole: hijo, no olvides llevar un condón siempre contigo, cada vez que te acuestes con una prostituta o un homosexual? No, Tito, tú le enseñarías que no debe hacerlo, que tenga una conducta sexual sana, segura y fiel a su pareja. Y si ésa es tu conducta con tu hijo, ¿por qué recomendarle el condón a los demás? Eso además de equívoco es egoísta. Para colmo, de esa forma se les crea la falsa seguridad de no correr riesgo, lo que tampoco es cierto, porque el condón no protege un cien por ciento. Piensa que además la relación sexual no es sólo el coito, sino todo el contacto íntimo que la acompaña y que también puede ser causa de contagio. Por eso el Sida se sigue expandiendo. Si de pronto todo el mundo hubiese comenzado a ser fiel con su pareja, el Sida ya estaría en retirada. Mientras se siga confiando en el condón estamos perdidos.

Esta vez fue la voz de Gioconda la que terminó en forma enérgica dando por finalizada la discusión. Héctor tampoco quiso seguir discutiendo.

NO HAY MAYOR FUERZA QUE LA CONVICCIÓN

Para mí la discusión sobre los preservativos no era de mayor trascendencia. Mucho más importante era volver a encontrar a la Yoko tal como la conocí, irradiando una vitalidad paradójica, imposible de entender cuando sólo cabía esperar su derrumbe, lento e irremediable. Al contrario, parecía haber dejado atrás su tragedia y que el Sida le fuese ajeno.

Nuestro hijo crecía; al cumplir los siete meses estaba sano y robusto, sin indicios de alguna debilidad.

La Yoko no aceptó que sus padres, ni los míos lo adoptaran y se mostraba capaz de criarlo, como una madre sin problemas.

Me preguntaba a mí mismo qué estaba sucediendo. Su enfermedad era un tema ignorado. De no ser por los implacables testimonios de que el virus estaba alojado en ella y en el niño, esperando para algún día iniciar sus estragos, nada concordaba con el drama que se estaba desarrollando.

No era fácil aceptarlo. Debía convivir en matrimonio con una portadora de Sida y vigilar el desarrollo de nuestro hijo, que estaba igualmente condenado a morir en un plazo limitado.

Son muchos los distintos sentimientos que se alternan en una situación como ésta. A la angustia, desorientación y estado depresivo, que se repetían, seguían atisbos

de tranquilidad o esperanza, en un conjunto inquietante de inseguridad y desconcierto.

En esta situación que nadie puede imaginar si no la ha vivido, aparecía una Yoko vital, motivada a hacer cosas imposibles. Mi impresión era que había construido un muro interior para cubrir la tragedia, sencillamente ignorándola.

Pero no me importaban los medios por los que se había desprendido, en un plazo tan corto, de la aflicción, hasta el punto de volver a reír, comer con apetito, dormir sin pesadillas y mirar de frente a los demás. Era sencillamente algo maravilloso, que había que aprovechar.

Al congelar sus estudios ya no iba a la Universidad y se dedicaba a las labores de casa, al cuidado del niño y puntualmente, cada quince días, se dirigía a Santiago, a lo que llamaba "mi trabajo". A su vuelta regresaba llena de papeles, inquietudes y tareas que la ocupaban hasta la siguiente quincena.

Todo parecía una rutina normal, hasta un día en que al retornar de su viaje noté que esperaba la oportunidad de comunicarme algo. Se veía contenta —como acostumbraba en el último tiempo—; hizo sus quehaceres, conversando sin parar, hasta que de pronto me preguntó:

—¿Qué dirías si me entrevistara Don Francisco?

Ser entrevistado en la televisión por Don Francisco es muy distinto que cualquier otra alternativa semejante. La oportunidad de conocer de cerca a una personalidad pública es siempre atractiva, pero el temor a lo imprevisto y el hecho de estar llegando a millones de personas es algo aterrador... salvo para alguien que precisamente espera una oportunidad como ésa para lograr sus objetivos.

Para darle una respuesta me di cuenta de que no sólo debía pensar por mí mismo, sino principalmente en todas las consecuencias que podría traer para ella, favorables y negativas.

Como me sentí incapaz de responder de inmediato, quedé en espera de mayor información.

—¡Vamos!..., ¿qué te parece?

—Primero cuéntame, ¿de qué se trata?

—Mira, Don Francisco quiere hacer un programa sobre el Sida y entre los invitados va a estar el padre Santi. También quiere, si es posible, que participe un enfermo o portador de Sida y... me preguntaron si yo estaría dispuesta.

—¡Y tú dijiste que bueno!, ¿no?

—No, yo les dije que quería pensarlo, y como en verdad quería conversarlo primero contigo, quedamos en que les contestaría...

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿¡Mañana! Pero eso es imposible...

—¿Por qué no? Por mí ya lo tengo decidido, me falta sólo tu autorización.

—¡Estás loca!..., definitivamente loca.

Me reí nerviosamente, sin aprobar ni rechazar la idea. Gioconda recurrió a su natural encanto y cuando sus ojos sonreían dulcemente y se acercaba cautivante, yo sabía que tenía sus propósitos conseguidos. Intenté que razonara.

—¿Y qué vas a hacer ahí?

—Dar un testimonio real. Nadie más autorizado para hablar sobre Sida que alguien que lo tiene, ¿no?

—¿Y tú crees que todavía hay algo más que decir?

—Por supuesto. Quiero terminar con muchos mitos que sólo desorientan o atemorizan sin sentido. La gente tiene la información de los folletos y de las campañas masivas, pero no saben lo que es esto, lo que es tener el virus y cuánto te puede afectar, incluso sin estar realmente enfermo. No te quepan dudas de que hay mucho que decir.

—¿Y por qué tú? ¿Has pensado lo que significa exponerse de cara a millones de personas para decirles que tienes Sida?

—Justo. De eso se trata. No voy a ser la primera persona con Sida que salga en la televisión, pero en general casi todos los que han entrevistado han salido de espaldas o con la cara tapada. Yo voy a salir de frente, porque no tengo nada que ocultar a nadie. Y ninguno que sea portador o enfermo debiera tenerlo, ¿entiendes?

Hubiese querido decirle que todo eso estaba bien, pero ella era una esposa y una madre, de modo que estaría exponiendo no sólo su situación, sino también la mía y la del niño. Pero mi admiración por su actitud, por su valentía, su entereza y la convicción de sus principios pudo más que mi orgullo y mi vergüenza. Decirle que pensara en mí habría sido un argumento que la hubiera desconcertado; no habría entendido que si ella misma estaba dispuesta a afrontarlo, hubiese otra persona que se sentiría afectada y, además, yo no sería capaz de trizar el entusiasmo de alguien que daba tan increíbles muestras de valor y de entereza.

—Por mí, puedes ir adonde quieras.

—Pero preferirías que no fuese, ¿verdad?

—No, mi amor, yo mismo te voy a acompañar.

Los fugaces pestañeos de sus negrísimos ojos, su expresión de gratitud y cariño, fueron superiores a un tierno y largo beso de amor.

SIEMPRE HAY ALGO MÁS QUE SE PUEDE HACER

Las actividades de ambos continuaron como de costumbre. Gioconda parecía recoger una carga de energía en cada viaje a Santiago y ya no cabían dudas de que la influencia del padre Santi había sido fundamental en sus motivaciones.

La llegada hasta el sacerdote, a pesar de su alto cargo, no era necesariamente una tramitación formal y aislada. Era muy fácil conversar con él; bastaba que notase la intención y el deseo de acercársele para que él mismo tomase la iniciativa y le destinara todo el tiempo necesario, como si no tuviese apremio alguno entre sus múltiples actividades.

Gioconda asistía a sus conferencias y había leído la mayoría de sus escritos. Sus ideas y principios habían sido determinantes para que ella adquiriese una clara doctrina frente al Sida.

Sentía, por lo mismo, la necesidad de comunicarlo, de contribuir a aliviar a los contagiados y de ayudar a prevenir entre los expuestos el riesgo de infectarse.

—¿Qué sucede con los que no son católicos?

—Tú, ¿te consideras católica?

—Bueno, es cierto que estuve alejada de la Iglesia, pero yo creo que cuando se es católica se lleva la religión consigo, aun cuando no se acuda regularmente a misa.

—¿Ves?, tú reconoces que estabas alejada de la Igle-

sía y sin embargo acudiste donde nosotros. Asimismo son muchos los que vienen sin ser católicos; acuden con recelo, piensan que pretendemos convertirlos y temen que sólo encontrarán consuelo, pero pronto se dan cuenta de que nuestro interés es ayudarlos y ya no les basta con venir, sino que colaboran como los demás, sin distinciones de ninguna clase. Mira, es fácil entender que estas personas, por ser precisamente frágiles y vulnerables, merecen un lugar privilegiado, más que en las leyes, en nuestro mismo corazón. Los que no son católicos también lo entienden.

—Es cierto, pero yo misma tuve muchas dudas antes de venir y de vez en cuando me siento insegura. Creo que me he acercado a Dios, pero temo haberme alejado de la humanidad. Siento que la sociedad es egoísta, que sólo se preocupa de lo que pueda afectarles a ellos mismos y sólo se interesa en nosotros en la medida en que podemos contagiarlos. Cuando saben que somos portadores del virus hay un cambio de actitud que duele mucho.

—Lo entiendo, hija. A mí también me duele.

—En un comienzo quería morir lo antes posible. Luego logré superarlo, pero es algo que está siempre presente. Son gestos y actitudes que, aunque sean naturales o instintivos, siguen doliendo. Y usted, ¿por qué no siente lo mismo?, ¿se lava las manos después que nos toca?, ¿no le da algo, como a los otros?

—Mira, hija, la Iglesia siempre ha acudido en ayuda de los enfermos. Los refugios de los apestados fueron los lazaretos, que se llamaron así por la orden de San Lázaro, y ha habido muchos sacerdotes mártires, como el Padre Damián que murió cuidando a los leprosos. El cuidado de los enfermos será siempre algo peligroso para los médicos, las enfermeras y todos los que los cuidan, pero ninguno de ellos quiere morir; es una tarea que se asume

conociendo su riesgo. Yo tampoco quiero morir todavía, por supuesto que no, pero también sé muy bien que no me voy a infectar, porque este virus no se transmite al dar la mano o con un beso en la mejilla y ni siquiera compartiendo el mismo vaso.

—Tú sabes que se transmite sólo a través de la sangre y de las secreciones genitales, ¿cómo me voy a contagiar yo? —rió a grandes carcajadas y luego recuperó su gesto grave para agregar—, por eso no temo tocarlos y aun más, me agrada entregarles mis caricias para transmitirles mi cariño.

—Usted lo tiene claro, pero en general las personas sienten una aprensión, incluso por estar en nuestra presencia. Es comprensible porque el virus es mortal y eso da miedo a cualquiera, pero no deja de ser injusto. Yo lo noto a cada rato, salvo en muy pocas personas, como usted.

—Es tan simple como proponérselo. Cuando se siente el rechazo se debe superarlo, pensando en que no tiene sentido si no se corre ningún riesgo. Por estar infectados no han perdido su condición de hijos de Dios, para quien somos todos iguales, y la caridad consiste en amar a nuestros hermanos. Te prometo que no tengo ningún temor ni aprensión al hacerte cariño. Y nadie debiera tenerlo.

—¿Y no lo decepciona ver que todavía no hay remedio para esta enfermedad?, ¿que todos a quienes ustedes ayudan mueren irremediadamente?

—Todos debemos morir algún día. A mí ya no me quedan muchos años y confío en vivir lo que me resta cumpliendo la misión que se me ha encomendado. Lo mismo debe ser la tarea y el objetivo de quienes saben que morirán en los próximos años, de un cáncer, de una leucemia o de Sida, ¿no es cierto? Para los infectados, su

tarea es descubrir los valores absolutos, los que son trascendentes, la dignidad de la persona y de su destino eterno.

—Por otra parte, yo confío en la capacidad del hombre para perfeccionar su ciencia, la misma que le ha permitido llegar a la luna, que hoy nos pone en el escritorio un artefacto mágico que fotocopia una llamada telefónica y que nos permite grabar las imágenes en un video para volver a verlas de inmediato. Con esa capacidad técnica el hombre debe derrotar a este virus especialmente cruel.

—Hasta ahora no ha sido fácil.

—Nada es fácil. Lo que es fácil no es una tarea. No es fácil abstenerse de una relación sexual, porque el placer es una tentación muy fuerte, pero la juventud debe comprender que esa pasión puede consumarse naturalmente con su pareja y que no se requiere otra fuente de satisfacción. Así no sólo cumple con la fidelidad que compromete al cariño, sino que además se evita el riesgo de contagio con un virus implacable. La tarea es difícil, es cierto, muy grande para que la asuman unos pocos. Si no se genera una gran fuerza social, en que todos estemos comprometidos para la formación de conciencias en las generaciones jóvenes, que están particularmente expuestas al peligro de este contagio, y orienten sus conductas de tal manera que mantengan la prevención más eficaz, de nada valdrán las vacunas ni los remedios, porque es la propia sociedad la que está amenazada en su subsistencia. Las medicinas pueden curar a los enfermos, pero no a una sociedad enferma en sus valores.

—Padre, yo también creo en nuestra juventud y pienso que sólo necesita ser informada y bien orientada. Por eso estoy con ustedes, en lo que sea necesario.

—Hija mía, si tuviésemos sólo una docena de jóvenes como tú, todo sería más fácil.

Así se gestó la participación de Gioconda en el programa de Don Francisco.

LA VIDA ESTÁ ENMARCADA POR UN CÍRCULO DE REENCUENTROS

No era sólo el programa de Don Francisco su única preocupación. La Yoko se propuso crear en Valparaíso una sede para los enfermos de Sida, igual que en Santiago. Después podría ser una en Concepción y en cualquier otro lugar donde se necesitara. Conociéndola, yo sabía que a la larga lo lograría.

Se requería de un gran esfuerzo y del apoyo de la comunidad.

Con el pretexto de que sería muy pesado para ella, asumir tantas responsabilidades, le comuniqué que yo también comenzaría a ayudarlos. Fue como si le hubiese dicho que había sido elegida reina; sus ojos brillaron contagiados con su encantadora sonrisa y me abrazó, con saltos infantiles que casi me hacen perder el equilibrio.

—¡Mi amor, no te imaginas lo feliz que me haces!

—Bueno. Ya era hora, ¿no?

Fue una decisión muy acertada. Si los fantasmas estaban ocultos y habíamos logrado constituir una familia razonablemente feliz, la posibilidad de trabajar juntos consolidó nuestras relaciones. Yoko viajaba entonces tres veces a la semana a Santiago para cumplir con sus obligaciones de encargada del Departamento de Extensión. Yo podía acompañarla sólo cada siete días, pero al compartir objetivos vivíamos las tareas comunes toda la semana.

No quería pensar en su enfermedad, mientras ésta siguiese latente. Sin habérselo propuesto vivíamos intensamente el presente, programando hacia el futuro inmediato, como si no existiesen barreras.

La sede regional no sería fácil de conseguir. Habría que obtener los recursos para habilitarla y para mantenerla. Pero lo más delicado sería, tal vez, volver a encontrar los mismos inconvenientes que en Santiago, donde muchos se opusieron a que en su vecindad se recibiese a los portadores del Sida.

Se necesitaba, además del financiamiento y la organización, que una adecuada campaña crease la receptividad de la población.

Para eso, Gioconda era probablemente la persona más indicada.

La tarea se programó con el Obispado de Valparaíso, las autoridades regionales, diferentes organizaciones y el apoyo de algunos medios de comunicación.

Cuando hubo que dirigirse a algunas personalidades del Congreso, Gioconda se ofreció para la entrevista con el presidente del Senado. El Padre Santi y todos los presentes la observaron con atención.

—Sí. Yo lo conozco.

No podía convencerme de haberla oído. Yo sabía que al senador Valdés lo conocía tanto como cualquier persona que alguna vez lo hubiese saludado. Pero cuando ella lo afirmaba, era porque lo sentía sinceramente, y eso le daba la confianza con que asumía todas sus decisiones, con natural frescura y espontaneidad.

Al fin se decidió que el propio Padre Santi —quien sí era conocido por el presidente del Senado— iría personalmente a la entrevista acompañado de su secretario y de la Yoko, quien propuso que a mí también se me incorporara.

Lo notable fue que el senador Valdés recordaba la ocasión en que la Yoko le había entregado la carta ecológica de los estudiantes, hacía ya cuatro años.

—¡Cómo no voy a recordar a esta joven que interrumpió la despedida de un embajador! —El dominio de situaciones del parlamentario le permitió mantener su jovialidad, a pesar de la impresión que le produjo saber que la muchacha era portadora del virus del Sida.

La entrevista fue muy positiva; el senador prometió su apoyo para lograr un subsidio fiscal para nuestra obra y que las donaciones recibidas pudiesen descontarse de los impuestos. Asimismo intentaría conseguirnos una casa para la sede.

DON FRANCISCO NO SÓLO ENTRETIENE

Entre las actividades habituales y otros trámites llegó el día que Gioconda debía presentarse en la televisión. No estaba nerviosa, sino más bien expectante. El día antes del programa se reunieron los participantes, el médico encargado del Programa del Sida del Ministerio de Salud, el Padre Santi, Gioconda y el famoso animador.

Don Francisco desde un comienzo les infundió confianza y tranquilidad, saludándolos con cordialidad. Fue especialmente cariñoso con la muchacha, a quien observaba con atención.

Gioconda captó que su presencia era importante, lo que, unido a la cordialidad de la recepción, contribuyó a consolidar su soltura y tranquilidad. Ella esperaba que habría algunas pruebas y muchas instrucciones, pero Don Francisco se limitó a conversar con cada uno de ellos, intercalando bromas, lo que, junto a su dominio de las situaciones, hizo que se tratase de una amena charla informal. Mientras compartían un aperitivo, él aprovechaba de estudiar cada una de las reacciones, buscando el ángulo apropiado para cada cual en el programa que se transmitiría en directo al día siguiente.

El temor de Gioconda de que el tema del Sida pudiese ser tratado como pretexto de impacto y espectacularidad en un programa variado de entretenimientos pronto se disipó en ese primer encuentro. Don Francisco se veía

auténticamente preocupado por el problema y deseoso de contribuir en una campaña para su control. Casi dos horas duró la amena e interesante experiencia.

Esa noche la joven durmió mejor de lo imaginado.

Frente a las cámaras y el imponente despliegue de personas y luces es imposible permanecer indiferente. Gioconda estaba tensa, pero conservaba un absoluto control de sí misma.

Don Francisco comenzó refiriéndose a la preocupación mundial existente por la pandemia que sigue avanzando pese, según dijo, a los avances logrados por la ciencia y la tecnología modernas.

Luego le preguntó al médico en qué medida el problema se estaba desarrollando en Chile.

El doctor Valenzuela dijo que los primeros casos conocidos en Chile se iniciaron en 1984 y que después de diez años el total de infectados conocidos había llegado a la suma de 2.291 personas, con tendencias de crecimiento, en enfermos y portadores, similares a las experiencias de otros países.

—Doctor, ¿qué diferencia hay entre enfermos y portadores?

—La persona que se infecta comienza siendo portador, porque lleva el virus en su sangre, pero puede permanecer muchos años aparentemente sana, sin indicio de enfermedad, hasta que ésta se desarrolla, destruyendo las defensas del organismo que queda expuesto a otras infecciones; entonces decimos que tiene el Sida, cuando el individuo deja de ser portador y pasa a ser enfermo.

—Y las cifras que usted nos ha dado ¿son las que se calculaban? Porque muchos pensamos que en Chile, por estar un tanto aislado geográficamente, podría haber un crecimiento más lento.

—Desgraciadamente coinciden con los cálculos pro-

yectados. Por lo demás hoy día, con las facilidades que existen en los medios de transporte para viajar de una parte a otra, ya no queda ningún país libre del Sida, por muy aislado geográficamente que parezca.

—¿Existe alguna otra diferencia entre nuestras estadísticas y otros países?

—Bueno, en cada país se dan características propias que postergan o adelantan algunas tendencias, pero la proyección epidemiológica se repite en líneas generales.

—Y ¿qué es lo que llama más la atención a los especialistas en esta progresión universal?, ¿se avecina una catástrofe de gran envergadura o se calcula algún tope de crecimiento?

—Lo que más nos alarma es que la proporción de mujeres infectadas ha aumentado significativamente. En los primeros momentos se pensó que el Sida sólo afectaba a los hombres, e incluso específicamente a los homosexuales. Ahora la proporción de mujeres que se está infectando ha demostrado que es una epidemia que amenaza a todos en general, si no se toman medidas preventivas adecuadas.

—¿Qué posibilidades hay de contar pronto con una vacuna?

—Ya se dispone de algunas vacunas en experimentación, pero las características mutantes —o sea la capacidad de cambiar sus condiciones biológicas— de estos retrovirus, crean mucho escepticismo en la aplicación de una vacuna efectiva, que quizás proteja en un cincuenta o sesenta por ciento, pero difícilmente a todos los que se expongan al contagio. Además ya se conocen más de dos tipos de virus identificados y hay probablemente algunos más que todavía no se descubren. Habría que tener una vacuna para cada tipo de variantes. Es probable que dispongamos relativamente pronto de esa vacuna múltiple,

pero no creo que baste para poner fin a la epidemia. Se va a requerir de otras medidas.

—¿Cuáles serían esas medidas?

—Se sabe que la vía de transmisión sexual es la más frecuente en nuestro medio. Por lo tanto el uso del condón es un arma importante para evitar el contagio. Otra forma de adquirir el contagio es con la inyección venosa de drogas con jeringas reusadas; de modo que siempre se deben usar jeringas desechables o adecuadamente esterilizadas. Actualmente podríamos afirmar que en Chile las transfusiones de sangre no constituyen riesgo importante, ya que en todos los bancos de sangre existe un estricto control de los dadores. Por lo tanto el uso del condón y de jeringas desechables son las medidas más eficaces para prevenir el contagio.

La segunda ronda de preguntas fue para el Padre Santi.

—Y usted, Padre, ¿qué opina del uso del condón?

—Bueno, yo tendría mucho que opinar, pero devuelvo la pregunta y les digo a todos los que nos están mirando: ¿qué opinan ustedes, padres de familia, esposas, jóvenes, sobre el condón? Yo pienso que el condón es una cobardía. Es una forma de huir de las responsabilidades, para evitar la paternidad, para evitar el contagio sin importar lo que se hace, como si el sexo fuera sólo eso, una satisfacción carnal y nada más. Aparte de que el condón es una excusa imperfecta, como fumar con filtro para evitar el cáncer, sabemos que no protege en un cien por ciento. Son muy diferentes la abstinencia y la fidelidad que no dejan lugar a ningún riesgo. Yo creo que si cada joven lo ve de este modo, tendrá muy claro lo que debe hacer.

—¿Por qué usted insiste en mantener casas o sedes para los enfermos de Sida? Los vecinos se quejan que

acuden personas de malas costumbres y que sus propiedades se han desvalorizado.

—¡Pero por Dios! Si a nadie puede perjudicar que a varios metros de distancia haya personas enfermas, que necesitan un lugar que los acoja, que necesitan apoyo y amor. Ya que la medicina no puede entregarles remedios que los curen, lo menos que podemos hacer por ellos es no despreciarlos, no aislar de la sociedad a quienes no ofrecen ningún riesgo por el solo hecho de encontrarse cerca. El Sida no se contagia a distancia, ni por telepatía y ni siquiera por tenderles la mano. Como ha dicho el doctor, sólo se transmite por la relación íntima de un enfermo o un portador. Entonces, ¿por qué privar a esa pobre gente de un lugar donde reunirse? Lo que pasa es que algunos no han tenido la fortuna de ver las cosas con claridad, que posiblemente están lejos de las palabras de Dios, y que por miedo —sin razones justificadas— quieren aislar a estas pobres criaturas, juzgándoles por sus conductas que ni siquiera conocen. La Iglesia tenía que hacerlo, tenía que seguir el camino del Buen Samaritano, que no sólo curó las heridas de aquel hombre caído y golpeado, sino que lo acogió como su semejante, su hermano.

”Pero no sólo los sacerdotes, todos los cristianos deben dar signos de esperanza, de confianza y de amor. Y no es suficiente decirlo, pensarlo, ni sentirlo..., es necesario dar el ejemplo.

—¿Y esto no le ha traído problemas o malos ratos?

—De ningún modo, más que eso, principalmente hemos sido gratificados por muchísimos hermanos afectados por el Sida, que nos han enseñado a valorar la esperanza, a apreciar lo que nos ha dado nuestro Dios y a definir los valores de la vida tanto en nuestro paso por la Tierra como en la vida eterna.

—¿Usted tiene fe, Padre, en que este virus no va a destruir este mundo?

—¡Oh, sí! Tengo fe, tengo mucha fe en nuestros jóvenes. Lo que tanto vemos en el cine, en las revistas, en la televisión, de una sociedad corrompida por el vicio y la violencia, son más que nada productos de venta que dan una falsa imagen de nuestra juventud, porque son precisamente eso, productos de venta solamente. Yo estoy convencido de que la mayoría de nuestros jóvenes no es violenta, así como no es drogadicta ni homosexual.

—Que si quienes tenemos la responsabilidad de orientarlo, de enseñarles las diferencias entre el bien y el mal, entre la bondad y el pecado, con nuestros ejemplos, aunque parezcamos anticuados y fuera de onda, tendremos una sociedad más sana, que no dará lugar al Sida, ni a otra que le siga.

—Dígame usted, Don Francisco, ¿qué cree que pasaría si desde hoy toda la juventud de Chile fuese totalmente fiel a su pareja?, ¿qué pasaría con este rebelde virus?, ¿cómo podría seguir multiplicándose?

—Yo me imagino que, tarde o temprano se terminaría. Pero eso también es difícil. El hombre no siempre es fiel y de un día para otro es poco probable que cambie de conducta..., y, quizás, sea imposible.

—Yo creo que es posible. Probablemente no sería el cien por ciento de la juventud. No faltarían los débiles, pero la mayoría lograría que esta epidemia no siguiese creciendo en esta forma. Hasta que los médicos la derroten, ¿no es cierto, doctor?

—Yo no soy tan optimista, Padre. Creo que sin medidas efectivas para prevenir el contagio va a ser imposible detener la epidemia en Chile, como está ocurriendo en todo el mundo. Por supuesto que la fidelidad de pareja es algo importante, y siempre lo hemos señalado, pero

no podemos confiar en la conciencia de los jóvenes para evitar que se disemine una enfermedad mortal que sigue avanzando en forma alarmante.

—Ahí es donde no estamos de acuerdo. Yo también pienso que el condón tiene algún lugar en esta lucha, pero sólo para quienes están dispuestos a afrontar el riesgo, a quienes no siguen las precauciones naturales y que ojalá tengan la fortuna de no infectarse. Pero el arma mortal contra el virus es no darle la oportunidad de transmitirse y eso se logra sin exponerse al riesgo. Si la pareja es sana y son fieles, no hay forma de que el virus los afecte.

En ese momento Don Francisco desvió el debate, señalando que lamentablemente el aumento del Sida entre las mujeres era una realidad en nuestro medio. Luego agradeció la presencia de Gioconda, su disposición para asistir al programa y presentarse como una joven portadora de VIH. Luego le dirigió su primera pregunta.

—¿Cuál fue tu reacción cuando supiste que estabas infectada con el virus del Sida? ¿Cómo recibiste la noticia?

Gioconda miró al conductor y pausadamente le dijo:

—Me pareció que era imposible lo que estaba oyendo, que no era verdad; como si esa persona fuese otra y a mí se me estuviese inculcando de algo que no correspondía. Después, al ver que no era un mal sueño, que no se trataba de una pesadilla, me vinieron una angustia y un terror que no podía controlar. Pensaba en lo que significaba y me ponía a llorar, pero siempre como si fuese algo imposible, hasta que la confirmación de los exámenes y el tiempo se encargaron de convencerme. Entonces no quise seguir viviendo.

—Decidí abandonar todo empeño, todo deseo de vivir, no quise que nadie me viese; quería estar aislada y esperar que todo se apagase pronto, como el cabo de una vela hasta agotarse...

—Pero tú no te agotaste. Yo sé que, al contrario, has superado tu enfermedad y estás trabajando como una persona sana y con muchas ganas de hacerlo. ¿Cómo lo lograste?

—Bueno. No fue pronto. Hubo meses de depresión en que bajé doce kilos de peso —no porque estuviese enferma, porque yo no tengo Sida, sólo soy portadora del virus y me siento sana—, es que no quería comer. En el fondo me estaba suicidando lentamente.

—Hasta que se me dio la oportunidad de empezar a hacer algo. Fue la doctora Barrientos, de Viña, mi única amiga en ese tiempo, la que confió en que yo podía salir adelante si se me motivaba con algún desafío. Y así llegué donde el Padre Santi y su obra, donde no pasó mucho tiempo antes de que me hiciesen ver que yo todavía tenía un destino en este mundo y que podía hacer algo útil para los demás y para mí misma, si me lo proponía.

—No debe haber sido fácil...

—...para muchos las tareas no son fáciles; Don Francisco, lo importante es no dejarse llevar por los inconvenientes y no sentirse derrotado en ninguna circunstancia, por difícil que sea.

—Es como los pájaros cuando son arrastrados por el viento, tienen que sobreponerse y luchar hasta volar más arriba. Es la única forma de superar lo que parece imposible.

—Tú tienes un esposo y un hijo, ¿verdad? ¿Cómo has podido llevar adelante tus propósitos y al mismo tiempo sacar adelante tu familia?

—Gracias a que tengo un esposo excepcional. Si no hubiese contado con su comprensión, con su cariño y su enorme calidad humana, no hubiese sido capaz de resistir. Quiero decirlo ahora, delante de las cámaras, que él no fue el responsable de mi enfermedad, que al contrario,

sólo ha sido víctima de lo que me está pasando, pero que tiene una enorme fortaleza y virtudes ejemplares. Por otra parte está mi hijo, que teniendo el virus en su sangre todavía está sano y espero en Dios que siga así, por lo cual tengo un mundo de cosas que hacer antes de irme.

En ese momento de la entrevista la voz la traicionó y sus ojos empezaron a pestañear rápido. Don Francisco notó que estaba a punto de flaquear.

—Antes de terminar te quiero hacer dos preguntas, la primera, ¿qué les dirías a los demás que, como tú, tienen el virus del Sida?

—A ellos no tengo nada que decirles. Cada uno ha vivido lo mismo que les he contado. Cada cual tiene su propia experiencia, ha sacado sus propias conclusiones y ha tomado sus propias decisiones. Desearía sin embargo que compartiesen mis conclusiones. Todos llegamos a esto sin desearlo y sin pensar siquiera que pudiese sucedernos. De pronto se nos dijo que estábamos condenados a muerte y por una enfermedad que la sociedad reprueba como denigrante. No hay otra alternativa que crearse el valor para sobrevivir lo que nos resta, pero no en una lenta agonía, sino disponiendo de lo que queda de nuestros días a nuestra propia voluntad e intensamente, sin perder nada de lo que la vida nos ofrece. Tenemos el privilegio de saber que no disponemos de todos los años que quisiésemos por delante, que el resto de nuestra vida está limitada y debemos aprovecharla.

—Pienso, sinceramente, que muchos quisiesen saber cuando les falten pocos años de vida para encauzarla, sin desperdiciar ningún momento.

—Así lo estoy viendo yo. Y quiero vivir en tres, cuatro, cinco o algunos pocos años más, todo lo que hubiese querido vivir en treinta o cuarenta. Creo que si me lo propongo, si aprecio en cada instante lo que puedo tener

de la vida, lo que tengo ante mi vista y lo que yo puedo hacer por mí y por los demás, si no desperdicio ningún minuto de lo que se me ofrece diariamente, lograré vivir en lo que me quede de vida, lo que pudo haber sido en muchos años.

"Y tener presente lo que me enseñó el Padre Santi, que oyó decir a un Cardenal del Vaticano: 'Una visión del mundo que no pueda dar un sentido al dolor y hacerlo precioso, no sirve en absoluto. Ciertamente, es necesario hacer lo posible para aliviar el dolor y limitar el sufrimiento, pero la vida sin dolor no existe, y quien no es capaz de aceptar el dolor, rechaza la única purificación que nos convierte en humanos'.

—Y ¿qué le dirías al resto... a los que no están infectados?

—Que nos permitan vivir..., y nada más.

Epílogo

MÁS ARRIBA DEL VIENTO

* * * -D Vite

U -D Denny

Cuando iban a cumplirse seis años desde que Gioconda supo que portaba el Sida, se había convertido en una persona ampliamente conocida.

... Después de la entrevista con Don Francisco, que causó un fuerte impacto en la opinión pública, la joven comenzó a recibir millares de cartas de apoyo, fue entrevistada nuevamente en las principales revistas, donde su atractiva figura y su clara inteligencia la destacaron con respeto y admiración...

La sede de Valparaíso estaba a punto de ser una realidad y ella debía viajar frecuentemente a distintas ciudades del país, para participar en variadas actividades en favor de los pacientes con Sida...

Héctor soñaba con un milagro, alentado por el normal desarrollo del hijo y por la creciente vitalidad de la muchacha.

Una noche despertó al notar a su esposa inquieta. Mantuvo sus ojos atentos, tratando de observarla bajo el débil resplandor de la luna, sin moverse para no despertarla.

¿Tendrá fiebre?, pensó; luego le pareció que ella soñaba una pesadilla. En esos momentos Gioconda despertó.

—Estaba soñando —dijo.

—Eso pensé. Parecía una pesadilla.

—Algo así en un comienzo. Soñaba que estaba en el aire, muy alto, y volaba como los pájaros, sin tener alas. La brisa comenzó a ser un viento cada vez más fuerte, que empezó a arrastrarme; ahí me sentí angustiada y me pareció que no podría sobreponerme.

—Entonces, con todas mis fuerzas empecé a subir, luchando contra el viento que no cesaba. Pero por último llegué tan alto que ya no había viento...

—...ya sé, adonde vuelan los cóndores.

—Es curioso, pero así fue. A mi lado volaban algunos grandes pájaros, majestuosos, que parecían imponerse sin alardes, tan sólo por estar allí, más arriba del viento.

Ambos sonrieron y Gioconda se acurrucó en los brazos de Héctor. Él la observó hasta verla dormida. En los labios de la joven se dibujó una sonrisa.

INTERACTUEMOS CON DONDE VUELAN LOS CÓNDORES: UNA PESADILLA

EL AUTOR

Eduardo Bastías Guzmán nació en Valparaíso en 1936. Estudió en el Colegio de los Sagrados Corazones, Padres Franceses, de esa misma ciudad, y luego se trasladó a Santiago para cursar sus estudios de Medicina en la Universidad de Chile. Actualmente es médico especialista en Medicina Interna y Cardiología. A través de las numerosas responsabilidades que le ha tocado asumir a lo largo de su carrera, pudo conocer de cerca el problema del Sida, estableciendo contacto directo con personas afectadas por este mal. La profunda huella que estas experiencias dejaron en su vida lo motivaron a escribir esta breve novela, con la esperanza de aportar algo en la difícil lucha contra la terrible epidemia.

LA OBRA

Donde vuelan los cóndores fue primero publicada por el mismo autor en 1993. Es una obra breve pero que tiene el gran valor de tratar en forma simple este problema del que todos somos parte: el Sida. Los protagonistas de la novela son personajes adolescentes ficticios, quienes deben enfrentar un drama que podría vivir cualquier joven de nuestro país. Sus

páginas están cargadas de humanidad y son, en su conjunto, un mensaje al mismo tiempo realista y esperanzador.

I. COMPRENSIÓN DE LECTURA

1. Responde en forma completa:

- ¿En qué ciudad se desarrolla la historia?
- ¿Por qué Gioconda había viajado allí? ¿De dónde venía ella?
- ¿En qué circunstancia se conocen Héctor y Gioconda?
- ¿Cómo reacciona Héctor cuando se entera de que Gioconda está embarazada de otro hombre?
- ¿Por qué la llamaban Yoko?
- ¿Cómo había conseguido Gioconda que sus padres le dieran permiso para viajar al sur en sus vacaciones?
- ¿Qué día fue el cumpleaños de Gioconda? ¿Qué le regaló Héctor en ese día?
- ¿Cómo reaccionó el padre de Gioconda al enterarse de que su hija estaba embarazada?
- ¿Quién es Carmen Julia?
- ¿Cuál fue la conducta de los compañeros y profesores de Gioconda en la Universidad después de enterarse que ella tenía Sida?
- ¿Cómo llegó la joven a conocer al Padre Santi?
- ¿Cuál fue el diagnóstico de los médicos respecto al bebé de Gioconda? ¿Fue un varón o una niña?
- ¿Por qué el autor puso como título a su obra: *Donde vuelan los cóndores: una pesadilla y una esperanza*? Fundamenta con alguna cita del texto.
- Cuando termina la novela, ¿cuántos años habían pasado desde que Gioconda llegó a Valparaíso?

- ¿Crees que la actitud de Héctor hacia Gioconda, cuando se entera de su aventura con otro hombre, de que está embarazada y luego de que tiene Sida, es la actitud que adoptaría la mayoría de los jóvenes en nuestro país? Fundamenta tu respuesta.
- Lee atentamente los siguientes trozos y luego señala a qué o a quién se refiere cada uno:
 - "Se puede adueñar de ti hasta el punto que no puedas prescindir de sus luces, de su exuberancia y de su lujuria. Pero cuando te das cuenta de que sus encantos son prestados, que no le pertenecen porque han sido creados para que no te desprendas, entonces tomas conciencia de que eres su prisionera..."
 - "En cuanto llegué la sentí como mi castillo encantado, donde sólo hay que crearse la ilusión para vivir como una princesa. Cada día, al subir las escalinatas de piedra no dejaba de pensar en que la diferencia entre los reyes o princesas y cualquier chilena como yo, no es tan distante..."
 - "Esta preocupación por los enfermos y la preservación de una sociedad sana, física y espiritualmente, fueron las bases para que las autoridades eclesiásticas le asignaran la magna tarea."
 - Santiago
 - la universidad
 - el Padre Santi
- Completación de oraciones:
 - La hermana de Ricardo se llamaba Maritza y era la mejor amiga de Gioconda en Iquique.

- b) Antonio (Tony) infectó a Gioconda con el Sida. Ella lo conoció en Villarica, durante las vacaciones.
- c) El Padre Santi ayudó mucho a Gioconda.
- d) La primera reacción de Gioconda al saber que tenía Sida fue desesperación pensó en quitarse la vida.
- e) El bebé de Gioconda pesó 3K 600grs kilos al nacer.

3. Verdadero o Falso. Escribe una V frente a las afirmaciones que estimes correctas y una F frente a las falsas. Reescribe estas últimas de manera que resulten verdaderas:

- a) F Cuando Héctor se enteró de que Gioconda tenía Sida se fue de la casa por un tiempo para pensar qué debía hacer porque la apoyo en todo momento.
- b) V La doctora Barrientos devolvió a Gioconda el deseo de vivir, haciéndole comprender que ella aún tenía mucho que dar de sí misma, aunque no le quedarán muchos años de vida.
- c) F Margarita, la compañera de Universidad de Gioconda, siempre permaneció a su lado, brindándole su apoyo y amistad. ya solamente se nombra q' se sentaba al lado de Yoko
- d) F Desde el principio, Héctor trabajó junto a Gioconda en todas las actividades relativas a la campaña nacional para informar a la población sobre esta enfermedad. igual trabajó pero después mucho
- e) V La primera persona a quien Gioconda confidenció su sospecha de estar embarazada fue a la señora Luisa, de la pensión. después
- f) V Gioconda aprovechó su viaje a Iquique para contarles a sus padres que estaba embarazada.

- g) F El día del "mechoneo", los estudiantes antiguos tuvieron a Gioconda toda una tarde prisionera dentro de la piscina y ella se sintió muy humillada. x'q' ella disfrutó esos momentos
- h) F Cuando Gioconda y Héctor empezaron a salir juntos, ella ya había terminado su compromiso con Ricardo, por carta. cuando empezaron a salir todavía Yoko no terminaba con Ricardo después Yoko y Richi empezaron a discutir algunas cosas de ellas e la termino x' cuenta

II. PAUTA DE ANÁLISIS

- Según tu comprensión del texto, escoge una de las alternativas en cada ejercicio.
 - ¿Cuál de estas aseveraciones expresa mejor el tema central de esta novela?
 - Los problemas de una joven adolescente, infectada con Sida, quien no puede decidir qué hacer con su vida.
 - Una joven pareja vive la dura experiencia del Sida y lucha por salir adelante, a pesar de todos los obstáculos que se le presentan.
 - Una joven que contrae Sida debe sobreponerse a su dramática situación, y se entrega a la tarea de difundir información sobre esta enfermedad.
 - Pueden ser alternativas "2" y "3".
 - S.I.D.A. significa:
 - Sintomatología de Inmunidad Desarrollada en América.
 - Síndrome de Inmuno Deficiencia Asintomática.
 - Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida.
 - El Sida sólo puede transmitirse a través de:
 - La saliva, la sangre y la orina.

2. La sangre, el semen y los fluidos vaginales.
3. La saliva, el semen, la sangre y los fluidos vaginales.
2. Escoge uno de los siguientes motivos que aparecen en la obra y desarróllalo, tomando el texto como apoyo:
- el amor heroico
 - la amenaza de la muerte
 - la inmadurez
 - la esperanza
3. La voz que narra los acontecimientos, desde un punto de vista externo a los mismos, recibe el nombre de "narrador básico".
- ¿Cuántos narradores cuentan la historia? Identifícalo(s).
Yoko y Hector
4. En la novela, ¿cuántos puntos de vista aparecen respecto al problema del Sida? Sintetiza la posición de cada uno.
5. En grupos de 3 ó 4 personas, conversa con tus compañeros(as) sobre las siguientes preguntas. Después, un representante de cada grupo expone sus conclusiones ante el resto de la clase:
- ¿Cuál crees que debe ser la actitud de cada uno de nosotros para con los enfermos de Sida?
 - En tu opinión, ¿cuál es la mejor manera de prevenir esta enfermedad incurable?
 - Basándote en principios morales, ¿cómo criarías a tus hijos de manera que ellos no corrieran el riesgo de infectarse con Sida?

III. LÉXICO

1. Luego de buscar el significado de las palabras que no conozcas, completa las siguientes oraciones con el término que corresponda a cada una:
- vallas exuberancia/prescindir vejámenes
apostarse deferente obscenos
- a) ...fueron llevados hasta un rincón, con una persuasión _____, pero firme y decidida.
- b) Gioconda había salvado la última y más difícil de las _____, la comunicación sincera con sus padres.
- c) ...terminaron además con _____ trazos de pinturas en sus caras.
- d) Con bromas, burlas y hasta crueles _____.
- e) Se puede adueñar de ti hasta el punto que no puedas _____ de sus luces, de su _____ y de su lujuria.
- f) Fue en esta clase cuando un grupo de unos doce jóvenes llegaron a _____ por fuera de las ventanas.
2. Lee atentamente las oraciones siguientes, y en la página 108, ¿qué sinónimo corresponde a la palabra destacada?
- a) No podemos confiar en la conciencia de los jóvenes para evitar que se **disemine** una enfermedad mortal...
- b) La escuchó con notorio **escepticismo** y de a poco le fue argumentando sus **aprensiones**.
- c) El sacerdote hizo inmediata **empatía** con la joven.
- d) Para quien llevaba treinta años con la misión de **encauzar** la promoción social...

- e) De no ser por los **implacables** testimonios de que el virus estaba aiojado en ella y en el niño, esperando para algún día iniciar sus **estragos**...
- f) Don Francisco comenzó refiriéndose a la preocupación mundial existente por la **pandemia** que sigue avanzando.
- g) ¿Se avecina una catástrofe de gran **envergadura** o se calcula algún tope de crecimiento?

incredulidad	daño	temor
determinante	orientar	amistad
magnitud	expandir	armonía
epidemia	promover	

IV. GRAMÁTICA

1. *Mal uso del lenguaje*

"Han habido"

Se ha generalizado la tendencia a hablar de la siguiente manera:

- "*Han habido* varios problemas en la escuela", o
- "La semana pasada *hubieron* precios bajos en la tienda de la esquina".

Esto ocurre porque se olvida (o se ignora) que en estos casos el verbo "haber" es impersonal y no tiene la obligación de concordar en género y número con el sustantivo que lo acompaña. Por eso, lo correcto en estos ejemplos es decir:

- "*Ha habido* varios problemas en la escuela", o
- "La semana pasada *hubo* precios bajos en la tienda de la esquina".

RESPUESTAS

- I. 1. p) 1. Santiago.
2. El edificio de la Universidad Santa María.
3. Padre Santi.
2. a) Maritza/hermana de Ricardo y mejor amiga
b) Tony/Villarrica/sus últimas vacaciones de verano.
c) Santi
d) De desesperación e incluso pensó en quitarse la vida.
e) Tres kilos y seiscientos gramos.
- 3 a) F e) V
b) V f) V
c) F g) F
d) F h) F
- II 1. a) 4
b) 3
c) 2
3. Tres narradores
Narrador Básico, Narrador Gioconda, Narrador Héctor.
4. Cinco principalmente. de Gioconda, de Héctor, del Padre Santi, de la medicina (doctora Barrientos), de la sociedad en general.
- III 1. a) deferente d) vejámenes
b) vallas e) prescindir/exuberancia
c) obscenos f) apostarse
2. a) expanda e) determinantes - daño
b) incredulidad/temores f) epidemia
c) armonía g) magnitud
d) orientar

ÍNDICE

-Una puesta de sol deslumbrante para un día muy especial	7
-Yoko Ono no es una japonesita lejana	12
-La princesa en su castillo encantado	15
-Una semana muy agitada, una ciudad mitológica y el comienzo de un amor	19
-Diez días que quisiera borrar	26
-Cuando lo que es bello puede ser indeseado	29
-Cuando amanece, ya es otro día	34
-Las aves deben volar sin importar el viento	36
-Un cumpleaños memorable y el comienzo de futuros aniversarios	40
-El viento puede estorbar el vuelo de las aves	45
-Las aves son vulnerables cuando no vuelan	49
-Un túnel envolvente que no tiene fin	55
-Ahora... y en la hora de la muerte	57
-Donde hay una ilusión, puede crearse un futuro	62
-¿Un desafío imposible o una ilusión factible?	65
-Una discusión que queda sin fin	69
-No hay mayor fuerza que la convicción	77
-Siempre hay algo más que se puede hacer	81
-La vida está enmarcada por un círculo de reencuentros	86
-Don Francisco no sólo entretiene	89
<i>Epílogo</i>	
Más arriba del viento	99
Interactuemos con <i>Donde vuelan los cóndores: una pesadilla</i>	101

Editorial Andrés Bello



Estamos ante una entretenida y dramática novela que narra la vida de una joven que se establece en Valparaíso para ingresar a la universidad.

Con un estilo lleno de naturalidad, el autor nos presenta hechos que pueden suceder o que han sucedido quizás en entornos muy cercanos al lector.

El amor, tan ligado a la juventud, llega con toda su emoción y sus ilusiones. Pero también se hace presente el mayor sufrimiento que alguien puede imaginar, cuando el sida ataca a un ser muy querido... Una trama que cautiva el interés del lector hasta sus últimas páginas.

A PARTIR DE 15 AÑOS
NIVEL 5



9 789561 314245 >